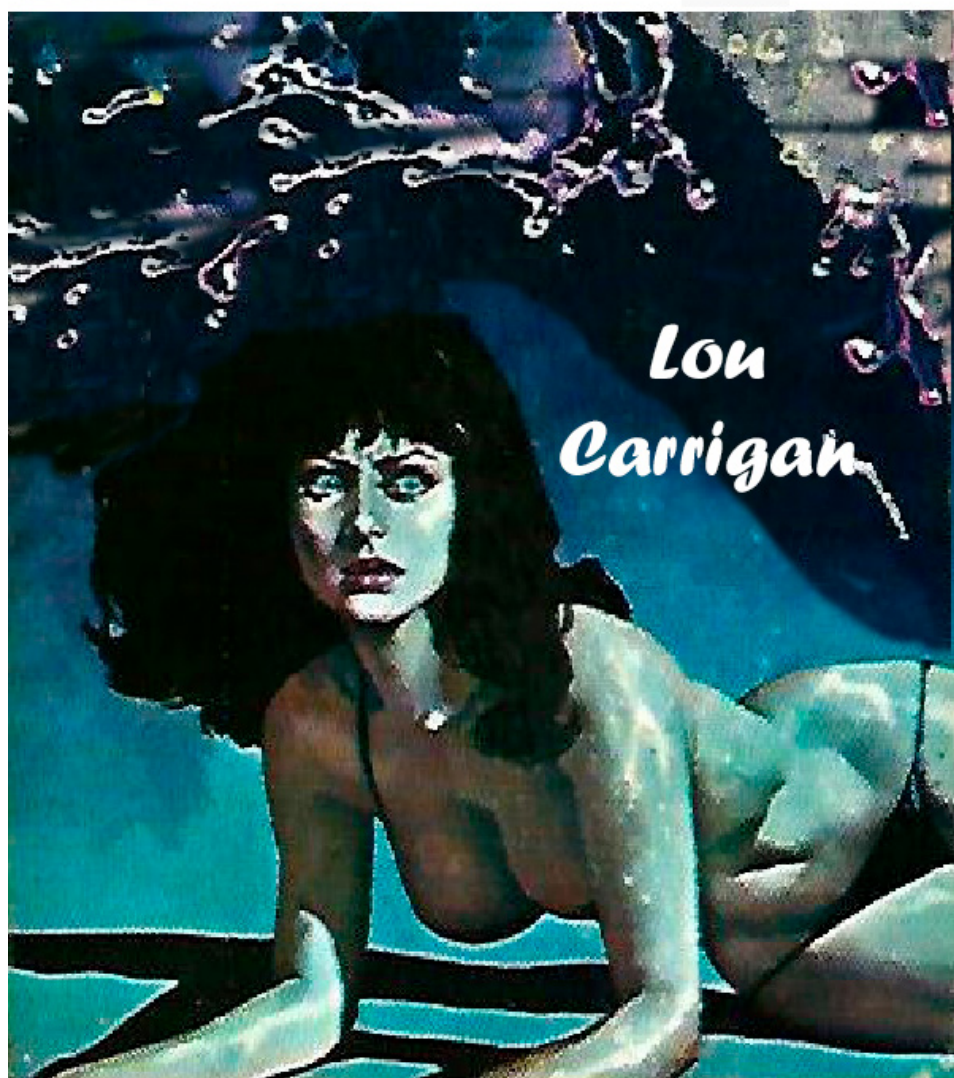




Brigitte

EN ACCION



*Lon
Carrigan*

El rayo «Hidro»

de

El rayo «Hidro» es un invento formidable: un aparato que emite unos rayos que desalinizan el agua del mar y además a un precio de coste sencillamente ridículo si se le compara con los costosos procedimientos de la época. Todo lo que hay que hacer es lanzar uno de los rayos del aparato a una gran extensión de agua salada, y esa agua se convierte en agua dulce, potable.

Claro, esto no es fácil de creer, así que la señorita Brigitte Montfort, que es designada por la CIA como negociadora de la compra de ese invento, asiste a una demostración de la eficacia del mismo.



Lou Carrigan

El rayo «Hidro»

Brigitte en acción - 75

ePub r1.0

Titivillus 27.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Frank Minello estaba que se partía de risa. Se sujetaba los costados, y daba saltos en el sofá, congestionado el rostro. De cuando en cuando, daba una palmada en una pierna de Brigitte Montfort, como subrayando su alegría de aquel momento.

—Eres un bruto, Frankie —protestó al fin la espía más bella y astuta de todos los tiempos—. Si continúas así, acabarás por romperme una pierna.

Instantáneamente, Minello dejó de reír.

Se quedó contemplando consternadísimo las pequeñas rodillitas de la agente Baby, claramente visibles bajo el borde de la *d'eshabillé*

cortísima, y decidió que el mejor modo de pedir disculpas era acariciándolas.

—Perdona —imploró—. Pero es que me hace tanta gracia el pequeño ese...

—Si no quitas las manos de aquí, Frankie, me veré obligada a rompértelas. Sabes muy bien que puedo hacerlo.

Minello las retiró vivamente.

—¡No! —exclamó—. ¡Si me rompías las manos ya no podría peinarme como a mí me gusta! Además, la culpa de todo la tiene ese insignificante bicho con cabeza de ratón... ¡Es divertidísimo! ¿Qué más cosas le has enseñado a hacer?

—Muchas. Pero por hoy ya está bien... Ven, *Cicero*; tu trabajo ha terminado.

Brigitte detuvo la marcha del *hi-fi*

, y el diminuto perrillo chihuahua dejó de bailar al compás de *El Lago de los Cisnes*, para saltar alegremente a la falda de su ama, dedicándose enseguida a lamer una de las blancas manitas de la peligrosa espía.

—Te has portado muy bien, *Cicero* —sonrió Baby—. Lo has hecho mejor de lo que esperaba.

Minello cogió la otra mano de Brigitte, y empezó a besarla a toda prisa, hasta que ella la retiró apresuradamente.

—¡Estate quieto, Frankie!

—¡Guau, guau...! —protestó Minello.

Cicero, también lanzó uno de sus agudos y ridículos ladridos, y sus ojillos grandes y húmedos se fijaron amenazadoramente en el gigantesco atleta, redactor-jefe de la Sección Deportiva del *Morning News* y queridísimo amigo de Brigitte Montfort.

—¡Hey! —Volvió a reír Minello—. ¡La gran fiera terrible me está amenazando!

—Te morderá si vuelves a tocarme —sonrió Brigitte.

—Tanto daría que me mordiese una pulga. Pero, en serio, Brigitte, ¿cómo has podido tener tanta paciencia? Ese bichejo estaba bailando *El charco de los patos* como una auténtica bailarina...

—¡El charco de los patos! —Rio Brigitte—. ¡Oh, vamos, Frankie...!

—¿No se llama así esa música?

—Déjate de tonterías... Se trata de *El Lago de los Cisnes*, de Tchaikowsky, nada menos. ¿Cómo se te ha podido ocurrir decir que es el charco de los patos?

—Bueno, es más o menos parecido... Oye, ya son casi las diez de una tenebrosa, sombría y tétrica mañana invernal... ¿A qué hora piensas dignarte ir a trabajar al periódico?

—Estoy pensándolo.

—¡Pensándolo! Hoy vamos a tener bronca grande los dos... Sobre todo yo. Tú haces lo que quieres, hija, pero el ogro me grita como si yo fuese un botones cuando llego un poco tarde.

—Si no hubieses pasado a recogerme, ya estarías allí.

—Bueno —sonrió Frank Minello—. Bien pensado, el ogro puede gritar todo lo que quiera. Llegaré cuando me dé la gana, eso es. Ahora, veamos si tienes algo interesante para el desayuno. Solo tengo una taza de café en mi atlético cuerpo. Me parece que me voy a desmayar de un momento a otro.

—Le diré a Peggy que nos prepare algo sustancioso... Están llamando, me parece. Y Peggy está en la cocina...

—Yo iré —se ofreció Minello—. Me moriría de celos si alguien

más te viese en prendas tan íntimas y provocativas.

—Es solo un salto de cama —sonrió Brigitte.

—¿Un salto? Bueno, yo diría que es el triple salto... Iré a ver quién es y qué demonios quiere a estas horas. Lo echaré enseguida, naturalmente.

Salió del grandioso y a la vez acogedor *living*, volviendo la cabeza y sacándole la lengua a *Cicero*, que lo miraba con la cabecita ladeada y la lengua fuera, cerrando los ojos cada vez que la mano de Brigitte se deslizaba por su cabecita.

—Este Frankie es un tonto encantador, *Cicero* —sonrió pensativamente la espía—. Tan fiel como tú, pero mucho más grande. Si yo no fuese como soy, ya habría correspondido a su gran amor... de un modo u otro. Pero tengo la impresión de que Frankie no aceptaría las cosas... «de un modo u otro». Es decir, *Cicero*, que no es tan tonto como a veces quiere parecer. Mmm... ¿Verdad que nosotros conocemos la voz de esa persona que está hablando con Frankie allá fuera?

Cicero había quedado inmóvil, fijos sus ojos en la entrada al *living*. Y por allí, en efecto, apareció una persona muy conocida de ambos. El pequeño chihuahua emitió un gruñido, enseñó los dientes y miró a su ama, que aplaudió suavemente, divertida.

—Bravo, *Cicero*: ya empiezas a conocer a las visitas gratas. Y a las ingratas... ¿Qué tal, tío Charlie?

Charles Pitzer entró seguido de Frank Minello, que le llevaba casi un pie de estatura, y otro tanto de envergadura horizontal en los hombros.

—Buenos días, Brigitte. Supongo que tiene huevos.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¡Este feo sujeto se ha creído que eres una gallina!

—Tengo huevos —rio la espía—. No me diga que usted también pretende desayunar conmigo, tío Charlie.

—Sería una agradable manera de empezar el día.

—Oiga, enano —gruñó Minello—, ¡yo llegué primero!

—Los últimos serán los primeros —sonrió la espía—. Eso es lo que parece pensar el tío Charlie, Frank. ¿No es cierto?

—Más o menos —admitió Pitzer—. Dígale a este troglodita que se vaya a trabajar. La conversación tendrá que ser privada.

—¿Se tratará de espionaje o de floricultura? —Sonrió Brigitte.

—Casi de espionaje.

—Entonces, Frankie se queda. Las flores le dan alergia, pero el espionaje le encanta. Todavía no he desistido de convertirlo en un elemento útil para la CIA.

—¿Él? —Casi rio Pitzer.

—¿Por qué no?

—Es más simple que un portaaviones. Allá donde está este joven, se le ve, y se sabe a qué está dedicado. Si le encomendásemos algún trabajo en... Moscú, por ejemplo, estoy seguro que llegaría a un hotel de allá, daría su nombre, y cuando le preguntasen el motivo de su estancia en Rusia, diría: «Espionaje, naturalmente... ¿Qué otra cosa?».

—Muy gracioso —farfulló Minello—. ¡Muy gracioso!

—Por favor —rio Brigitte, alzando una manita—, no discutan. Desayunaremos los tres juntos, y hablaremos de espionaje... ¿De qué se trata exactamente, tío Charlie?

Charles Pitzer soltó un refunfuño, se sentó junto a Brigitte, y le tendió el libro que llevaba en las manos.

—*La Dama de las Camelias* —dijo.

—Una bonita historia de amor —asintió Brigitte—. Oh, pero veo que es una edición en francés, tío Charlie.

—Esas son las condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Alguien la está esperando en la Estatua de La Libertad, con ese libro en las manos. Usted tiene que ir allá, y se producirá el contacto.

—He estado muchas veces en la Estatua —suspiró Brigitte—. Voy a parecer una turista. ¿Cuál es el asunto?

—Agua.

—¡Lo sabía! —exclamó Minello—. ¡Usted siempre viene a proponer asquerosidades! ¡Agua! ¡Puag, qué asco!

—¿Qué clase de agua? —Sonrió Brigitte.

—Desalinizada.

—Oh...

—Bien... Parece que alguien ha descubierto el modo de convertir en agua dulce y potable el aqua del mar, de quitarle la sal y demás componentes... molestos.

—¡Noticia nueva! —bufó Minello—. ¡Hace años que en nuestras

costas se están realizando experimentos...! ¿Experimentos, digo? ¡Pero si ya sabemos quitarle la sal al agua del mar, e incluso se está utilizando para...!

—Conozco la historia, Minello —cortó Pitzer—. Pero, por el momento, ese proceso industrial resulta excesivamente caro.

—No tanto —musitó Brigitte—. Se están consiguiendo muy buenos resultados, tío Charlie.

—Sí, sí, desde luego... Pero esa agua desalinizada cuesta mucho más de un dólar cada millón de galones.

Brigitte quedó tan estupefacta como Minello. Y fue ella la primera en reaccionar.

—¿Es una broma? —susurró—. ¡Naturalmente que un millón de galones de agua desalinizada cuesta mucho más de un dólar! ¡Muchísimo más!

—Por ahora... —sonrió secamente Pitzer—. Alguien ha ofrecido a la CIA un sistema de desalinización especial. Cada millón de galones de agua desalinizada costaría, por todo el proceso, un dólar.

—Es absurdo —masculló seriamente Minello—. ¡Completamente absurdo, señor Pitzer!

—Eso parece —admitió el jefe del espionaje nacional en el sector de Nueva York—. Sin embargo, la CIA no puede desestimar esta oferta, por hipotética o absurda que parezca.

—¿Quién ha hecho la oferta? —preguntó Brigitte.

Peggy, la fidelísima y única doncella de la espía apareció en el *living*, con una sonrisa de complicidad hacia Minello.

—El desayuno, señorita.

—Lo tomaremos en la cocina, Peggy. Por favor, hazle unos huevos revueltos a tío Charlie.

—Enseguida, señorita...

—Oye, preciosa —le gritó Minello—, ¿está bien asada mi ballena?

—Sí —rio Peggy—. Muy asada, sí.

—¡Pues vamos allá!

La cocina era enorme, a todo confort y último modelo desde la primera a la última instalación. En un rincón soleado, si bien de modo triste en aquel día invernal, estaba preparada la mesita redonda, con flores, abundante café y tostadas. Minello cortó una de las flores, y se la puso en el ojal, muy ufano.

—La oferta —contestó Pitzer, apenas sentarse— la ha hecho un ruso llamado Konstantin Yedorev. Peggy, por favor, también tomaré mermelada y leche.

—¡AAagggg! —Se asqueó Minello—. ¡A mí lo mío, guapísima!

Brigitte había tomado un sorbito de café, y estaba echando la primera bocanada del cigarrillo recién encendido cuando preguntó:

—¿Quién es él, tío Charlie?

—Un... investigador ruso. Se sabe poco sobre su persona y hazañas profesionales en el campo de la Ciencia. En realidad, es poco menos que desconocido. Sin embargo, consta en nuestros archivos que Konstantin Yedorev huyó de Rusia, se ignora por qué medios, hace unos tres meses, aproximadamente. Nuestros servicios de Europa informaron sobre el asunto, pero fue olvidado muy pronto, ya que Konstantin Yedorev desapareció de la circulación. Los rumores en aquel tiempo eran que estaba camino de descubrir algo importante...

—¿La desalinización total y económica?

Pitzer encogió los hombros.

—Eso se ignora. Solo hay rumores respecto a un descubrimiento. Bien pudiera ser ese, desde luego. El hecho cierto es que, después de esos cuatro meses de... eclipse total, Konstantin Yedorev ha enviado una carta a la CIA. A la Central, desde luego. El matasellos de la carta es de Nueva York. Es evidente, por tanto, que Yedorev está en esta ciudad, o muy cerca. Desde luego, en Estados Unidos.

—Ilegalmente, claro —apuntó Brigitte.

—Por supuesto. Está bien claro que Yedorev está... disfrutando de una documentación falsa. Por eso él quiere legalizar su estancia en nuestra patria, de un modo definitivo.

—¿Qué dice exactamente la carta?

—Bien... Konstantin Yedorev ofrece su descubrimiento a los Estados Unidos...

—Un momento, tío Charlie. No entiendo por qué Yedorev se ha dirigido a la CIA. Cualquier empresa industrial privada habría acogido su oferta con mucho interés, y habría hecho lo necesario para retener a ese hombre en el país...

—Es posible. Sin embargo, nosotros sabemos muy bien que la CIA manda más que una empresa privada. Konstantin Yedorev debe de opinar lo mismo, obviamente. Además, su petición roza las

características del espionaje.

—¿Qué pide a cambio de ese invento?

—Quinientos mil dólares, nacionalidad norteamericana, y un trabajo de acuerdo a su categoría.

—No es demasiado.

—No... No, desde luego. En la carta deja entrever que el dinero no lo pide por ambición personal, sino para pagar cierta deuda contraída con «las personas que le ayudaron a salir de Rusia». A él y a su esposa los sacaron de allí, y él quiere pagar esos... servicios.

—Nosotros, la CIA, lo habríamos sacado gratis —sonrió Brigitte.

—Pero no lo hemos hecho.

—Ya... Bien: ¿qué tiene que ver *La Dama de las Camelias* con este asunto?

—Una persona enviada por la CIA deberá presentarse hoy, a mediodía, en la Estatua de La Libertad, llevando este libro bien visible, en las manos.

—¿Solo el libro?

—Solo el libro. Se trata de charlar sobre el asunto. Debemos decir si aceptamos o no. Si aceptamos, Konstantin Yedorev se compromete a demostrarnos la efectividad de su invento antes de que nosotros cumplamos nuestra parte.

—Juego limpio, ¿no es cierto? —Sonrió cínicamente Brigitte.

—Eso parece.

—Juego sucio —pronosticó Minello—. No es posible obtener ese proceso industrial de desalinización de agua del mar a un costo de un dólar por millón de galones.

Charles Pitzer volvió a encoger los hombros.

—Dentro de tres años, probablemente estaremos en la luna, Minello. ¿Se lo habría creído usted en mil novecientos cincuenta?

—Supongo que no. Pero los viajes a la luna costarán muy caros. Están costando ya muy caros. Un dólar de gasto por desalinizar un millón de galones de agua del mar, sería... la solución total y definitiva para todo el mundo, para todo el planeta Tierra.

—Así es. Desaparecerían los desiertos, los eriales, las zonas insalubres... El planeta Tierra se convertiría en un vergel.

—Es absurdo.

—Todo eso tiene que llegar un día u otro... ¿Por qué no ahora? Y si ese momento ha llegado, es lógico que Estados Unidos quiera

ser quien lo ofrezca al mundo. ¿Qué puede costarnos? ¿Medio millón de dólares y nacionalizar norteamericano a un ruso? ¡Miseria!

—¿Y si todo eso es mentira? —preguntó Brigitte—. ¿Y si todo es una jugada de espionaje, tío Charlie?

Peggy trajo los huevos revueltos para Pitzer, y un enorme trozo de carne a la plancha para Frank Minello, que se frotó las manos y se puso la servilleta sobre la corbata, riendo como una vieja ante el manantial de la juventud eterna. Cortó inmediatamente un trozo grande como una mano de persona normal, y se lo metió en la boca. Estaba masticándolo alegremente cuando Pitzer, tras probar los huevos revueltos, miró con cierta ironía a Brigitte.

—Si todo eso es mentira, Baby, la CIA solo perderá una espía.

Frank Minello se atragantó con el trozo de carne, y sus ojos se desorbitaron. Brigitte sonrió, le dio unos golpecitos en la espalda, y entornó los ojos como una niña traviesa, preparando alguna de sus diabluras.

—Eres un glotón, Frankie. Pronto engordarás demasiado... ¿Ha dicho usted, tío Charlie, que me esperan a las doce en la Estatua de La Libertad?

Capítulo II

El *ferry* llegó a las doce menos cuarto a Liberty Island, y los pasajeros que desembarcaron se dirigieron inmediatamente hacia la colosal estatua de ciento cincuenta y un pies de altura, colocada sobre el gran pedestal de granito, con ascensor interior. Obra del francés Frederic Auguste Bartholdi, y regalada por Francia a Estados Unidos en 1884. Brigitte se sabía la historia muy bien. Incluso recordaba de memoria el poema «The New Colossus», inscrito en el pedestal de la estatua, y obra de Emma Lazarus.

Por lo cual contempló la estatua como aburrida, durante un par de minutos. No tenía el menor deseo de contemplar Nueva York desde lo alto. Bastante veía ya la ciudad día a día, desde la terraza de su apartamento de la Quinta Avenida.

Se dedicó a pasear, en apariencia distraída, pero con el libro en la mano izquierda, la mirada alerta, y la mano derecha dentro del bolsillo de su abrigo, tocando la pistolita de cachas de madreperla. No creía que fuese ninguna trampa, sin embargo. ¿Por qué motivo se iba a molestar alguien en buscar serias complicaciones tan solo para matar a un agente de la CIA? Y nada menos que en Liberty Island, que podía ser fácilmente cercada, e incluso vigilado su espacio aéreo por medio de un par de helicópteros.

No.

No creía que fuese una trampa.

A las doce y media, estaba cansada de pasear y alzar la cabeza para mirar la estatua. Cansada y realmente aburrida. De modo que se dirigió al embarcadero cuando llegó otro de los *ferries*. Allí, esperando también para el regreso, había no menos de treinta personas, que abordaron el transbordador cuando este quedó vacío de los pasajeros recién llegados.

Brigitte también lo tomó, un tanto irritada por aquella pérdida de tiempo, y porque en noviembre no es precisamente grato pasear

por los estrechos jardines zigzagueantes que rodean la Estatua; llega un aire frío y húmedo del mar que es capaz de atravesar un abrigo de acero. Cualquier día se iría a vivir a Miami. Estaba harta de humedad, de nieblas, de frío y lluvias heladas y espesas...

¡A Miami!

Sí... Cualquier día, se iría a vivir al Sur...

—¿Un cigarrillo?

Volvió la cabeza, dejando de mirar el gris y sombrío mar a través del cristal de la ventanilla del *ferry*. En verano, el viaje era más bonito. Se veían las aguas más claras, se quitaban las cristaleras, y hasta los asientos parecían más cómodos.

Se quedó mirando al hombre que le había hecho el ofrecimiento, y que mantenía el paquete tendido hacia ella, con tres o cuatro cigarrillos sobresaliendo. Debía de tener unos cincuenta años, era casi gordito, sonrosado, de expresión inteligente y simpática. Cabellos rubios, un poquito calvo; muy poco. Llevaba un abrigo de buena calidad, sus manos estaban muy bien cuidadas. Parecía una persona culta y educada.

—Sí, gracias —sonrió la espía.

Se lo puso en los labios, y el hombre se apresuró a encendérselo. Luego, encendió otro para sí mismo, expelió el humo y señaló el libro que todavía sostenía Brigitte en la mano.

—¿Lee usted francés?

—Regular —mintió Brigitte, que lo leía, lo hablaba y lo escribía perfectamente—. ¿Y usted, señor...?

—Yo, casi nada. Mi nombre es Samuel Barnes —sacó una tarjeta y se la tendió—. Sam Barnes, detective privado.

Brigitte echó un vistazo a la tarjeta, asintió con la cabeza y se quedó mirando con interés al simpático y gordito personaje.

—Encantada. Mi nombre es Brigitte Montfort. Soy periodista.

—Es un placer. ¿Periodista? Supongo que ha venido a escribir algún artículo sobre la Estatua de La Libertad...

—No, no —sonrió ella—. Ya nadie escribe sobre la dama que está iluminando la libertad del mundo. No, al menos, los periodistas locales. Yo he venido aquí esta mañana porque me citaron en la isla.

—Ah...

—Pero la cita era a las doce, y hace demasiado frío para esperar

por ahí más de media hora.

—Sí... Es cierto. Lo lamento, señorita Montfort, pero me ordenaron que tuviese mucho cuidado.

Brigitte lo miró como si no se le hubiese ocurrido aquella idea en ningún momento, cuando lo cierto era que había comprendido la verdad apenas Sam Barnes se había sentado a su lado. Solo lo notó, y supo que aquella persona era su contacto.

Lo supo con toda certeza.

Pero parecía en verdad muy sorprendida.

—¿Es usted...?

—Sí... Perdóneme, pero me dijeron que tenía que asegurarme de que la persona que acudiría a la cita estaría completamente sola.

—Pues estoy sola, señor Barnes. Y aterida de frío.

—Lo lamento de veras. Sin embargo, usted dice que es periodista, y... Bien, me indicaron que la persona que vendría se dedicaba... a otra profesión.

—¡Desde luego! —Rio Brigitte—. No se lo diga a nadie, pero de cuando en cuando hago algún pequeño trabajo sin importancia para la CIA. Cuento con su discreción, señor Barnes.

—¡Por supuesto! Yo comprendo muy bien lo que es eso. En mi trabajo hay que ser absolutamente discreto. Ya sabe lo que se dice: que un detective privado, tiene que ser una especie de amigo, psiquiatra y confesor a la vez. No es fácil, ¿verdad?

—Imagino que no. Bien, señor Barnes, lamento no pertenecer de un modo exacto a la CIA, pero ya le digo que me utilizan para pequeñas cosas... ¿O esto no es una pequeña cosa?

Samuel Barnes encogió los hombros.

—Que me despellejen si lo sé, señorita Montfort. Tengo la impresión de que usted y yo estamos haciendo un poco el tonto. Pero, como nos pagan por ello, sigamos con el caso, ¿no le parece?

—Buena filosofía —rio de nuevo Brigitte.

—Hay que ser un filósofo para tener mi profesión. Mmm... ¿Tiene usted una respuesta que darme, según entiendo?

—Pues sí... Sin embargo, antes quisiera preguntarle dónde están las personas que lo han contratado, quiénes son, qué... ¿No?

Sam Barnes estaba moviendo negativamente la cabeza.

—Lo siento. Por el momento, debo conocer su respuesta. Después de eso, tengo órdenes de pasarle ciertas instrucciones, en

un sentido u otro, según sea afirmativa o negativa. Comprenda que...

—La respuesta es afirmativa, señor Barnes. Puede decirle a sus clientes que la CIA acepta sus condiciones.

—Ah, magnífico. En ese caso, las instrucciones que debo darle son las siguientes: mañana, a las cinco de la tarde, usted deberá estar otra vez en Liberty Island, con un portafolios que contendrá lo que mi cliente ha pedido.

—Bien... Temo que eso representará algunas dificultades, señor Barnes. No es posible extender un pasaporte sin fotografías...

Barnes alzó una mano y metió la otra en un bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un pequeño sobre blanco, que tendió a Brigitte. La espía lo abrió, y sacó ocho fotografías. Cuatro de hombre y cuatro de mujer, todas del tamaño adecuado para un pasaporte.

El hombre debía de tener unos cuarenta años. Su rostro era grande, recio, un tanto sombrío, pero en absoluto desagradable. Llevaba barba, y Brigitte pensó que quizás intentaba disimular al máximo sus facciones, lo cual no le extrañó demasiado. Sus ojos eran negros, muy alargados, estrechos, inteligentes. La boca, firme y fina.

La mujer debía de tener poco más de treinta. Era rubia, de ojos claros un tanto exóticos. Quizás habría resultado bella de no ser por la expresión endurecida, como alerta.

Detrás de una fotografía de cada uno estaban los datos necesarios para la extensión del pasaporte, escritos a pluma.

Brigitte asintió con la cabeza, guardando las fotografías.

—Parece que podrá hacerse —musitó—. Asimismo, nos encargaremos de que su cliente tenga pronto un trabajo adecuado, en cuanto obtenga la ciudadanía norteamericana. Lo más fácil de todo, desde luego, será el dinero.

—Bueno. —Barnes parecía un poco azorado—. No sé tanto como usted parece creer, señorita Montfort. La verdad es que jamás había trabajado en un asunto de espionaje... No sé si es espionaje, pero lo supongo, ya que interviene la CIA, una pareja rusa... El asunto no me gusta demasiado, de modo que quisiera terminarlo cuanto antes. ¿Estará usted en la isla mañana a las cinco?

—Desde luego. Es decir, espero que me envíen a mí... ¿Puedo sugerirle una cosa, señor Barnes?

—Oh, sí, sí...

—Si no le gusta el asunto, retírese. Le aseguro que yo hago lo mismo en cuanto veo que la cosa se complica. Por eso, la CIA solo me encomienda asuntillos fáciles. Y locales, desde luego. ¿Por qué no deja el caso, si no le gusta?

—Mire... Me gustaría encontrar a un detective privado que sea capaz de rechazar diez mil dólares por unos días de trabajo.

—¡Entiendo! —Rio la espía—. Es una buena suma, ciertamente. Ah, señor Barnes, otra cosa: la entrega de... del portafolios deberá hacerse personalmente a sus clientes.

—O sea, que la CIA quiere saber dónde están... ¿No es eso?

—Naturalmente.

—Mis clientes han previsto esto, también. Parecen... un poco asustados. Admitirán la presencia de un agente de la CIA como primera entrevista; máximo, dos. Bien entendido que ellos, a partir del momento de esa entrevista, tendrán libre el resto del día, para examinar su nueva documentación y pagar algunas cosas que tienen pendientes. Esto es, que no saldrán de... donde están ahora hasta pasado mañana. Y ruegan mucha discreción. ¿He dicho un poco asustados? Pues más bien podríamos decir que están asustadísimos.

—Entiendo. ¿Cuánto hace que usted...?

—Lo lamento, señorita Montfort. No estoy autorizado a dar explicaciones. Mañana por la tarde tendrá usted las que quiera, ya que mis clientes saben de sus cosas mucho más que yo.

—Muy bien. Parece que ya estamos llegando...

—Sí... Bueno, supongo que habrá algún agente de la CIA en el muelle, esperándola a usted, y que usted me señalará, para que me sigan. Lo creo innecesario, ya que en la tarjeta que le he entregado está mi dirección, pero... supongo que lo harán de todos modos. Por favor, ruéguele en mi nombre que sea discreto. Estaría mal visto que alguien se diese cuenta de que seguían a un detective privado.

—El mundo al revés —sonrió Brigitte—. Temo no poder evitar que lo sigan, señor Barnes. Pero imagino que usted no tiene nada que temer...

—En absoluto. Si se interesan por Sam Barnes, detective privado, pronto sabrán toda mi vida y milagros. Y no tengo nada que ocultar.

—Entonces, no se preocupe. Hasta mañana, señor Barnes.

—A las cinco.

—Oh, sí. Y, por favor, sea más puntual que hoy.

* * *

—Hace diez minutos que llegamos —dijo Minello, mirando su reloj—. Y ya son las cinco.

—Sí. —Brigitte también miró su relojito—. Las cinco en punto. Y por allí viene nuestro hombre, Frankie. Procura portarte sensatamente. No olvides que, para él, tú eres un agente de la CIA. Eso es lo que pensará, y aunque nosotros no asentiremos a sus posibles preguntas, tampoco lo desengañaremos.

—De acuerdo.

—No me hagas quedar mal con tío Charlie. Él no quería que tú vinieses conmigo, así que, puesto que tu presencia en este corto asunto es pura... cortesía mía, pórtate bien. Aunque insisto en que nada vas a aprender en este asunto.

—La idea está aquí dentro —Minello se tocó la frente—. Me gustaría intervenir más veces en estas cosas, para aprender a ser un buen espía. Y puesto que tú eres tan amable de admitirme a tu lado, aprovecharé la ocasión para fijarme en estas cosas.

—Me parece muy bien —sonrió Brigitte—. Pero, aparte de que me parece que muy poco podrás aprender en esta ocasión, piensa que un buen espía no «aprende» a serlo. Eso se queda para los espías mediocres. Los buenos espías, los auténticos espías, no «aprenden»; nacen sabiendo serlo.

—¿Como tú? —refunfuñó Minello.

—Yo... y otros. Ahí llega Sam Barnes.

El detective privado se detuvo ante ellos, saludando a Brigitte y mirando de reojo a Frank Minello, que permaneció serio e inescrutable como una roca.

—Un compañero —presentó Brigitte, simplemente—. No tardará mucho en llegar otro *ferry*, señor Barnes. Vayamos al embarcadero.

Se dirigieron los tres al embarcadero, pero Barnes no fue hacia el puesto de espera de los pasajeros de los *ferries*, sino hacia una pequeña lancha un tanto vieja, amarrada a una de las puntas de postes...

La señaló.

—Tenemos vehículo propio.

Brigitte frunció el ceño.

—No esperaba esto, señor Barnes —miró de reojo a Minello—. Espero que no estén intentando alguna jugada sucia... y peligrosa.

—No, no —se inquietó Barnes—. No por mi parte, al menos. Yo me limito a seguir instrucciones. De todos modos, si ustedes temen algo de mí, o de mis clientes... Bien, le aseguro que a mí tampoco me gusta esto demasiado, señorita Montfort. ¿Vienen o no?

—Desde luego. ¿Usted sabe, señor Barnes, que los agentes de la CIA tienen la fea costumbre de ir armados?

—Lo... lo supongo —musitó roncamente Barnes.

—¿Y usted? ¿Lleva su arma consigo, señor Barnes?

—Pues... Sí. Sí, claro... Tengo licencia para...

—Eso se sobrentiende. Por favor, sea tan amable de entregar su pistola a mi compañero. Le será devuelta oportunamente.

—Bien... —Barnes se pasó la lengua por los labios, evidentemente un tanto asustado—. Espero que todo salga a gusto de todos.

Entregó su pistola a Minello, que la guardó en un bolsillo del gabán y fue el primero en saltar a la lancha. Ayudó a Brigitte, y Barnes saltó en último lugar. Puso la lancha en marcha...

—Tenemos más de una hora de viaje... Casi hora y media... o dos horas. Vamos a Bridgeport.

—Tendré que abrigarme bien —suspiró Brigitte—. En marcha, señor Barnes. Quisiera terminar cuanto antes con estas entrevistas preliminares.

Capítulo III

La lancha se detenía, casi dos horas más tarde, en un pequeño embarcadero, frente a Seaside Park, en Bridgeport. Ya estaba anocheciendo, y se notaba el frío del mar. Brigitte había hecho el viaje bien apretada en su abrigo, resguardada en la pequeña cabina del frío normal y del producido por la veloz marcha de la pequeña embarcación, que había parecido volar sobre las aguas. Minello había estado junto a ella, sin perder de vista ni un segundo al atribulado Barnes, cuyo aspecto era lamentable cuando saltaron a tierra. Pero, diez mil dólares, son... diez mil dólares.

—Tengo un auto esperando en el parque. Estaremos muy pronto con mis clientes.

Entraron en el auto, Barnes lo puso en marcha y suspiró profundamente cuando poco después notaba el calorcillo de la calefacción interior. Enfilaron Seaside Avenue, y ya no la abandonaron hasta salir del parque, en un trayecto recto y sin complicaciones. La avenida continuaba, siempre rozando el mar, pasando por delante de pequeñas villas de aspecto amable. Poco después, el auto se detenía delante de una de ellas, dejando el mar muy cerca, a la izquierda, al otro lado de la avenida.

—Hemos llegado.

Barnes se apeó rápidamente, abrió la portezuela de atrás, y Brigitte y Minello salieron del coche. Barnes empujó la pequeña batiente blanca del jardín, cediendo el paso a los dos. Luego, caminaron hacia la casa por un senderillo de tierra prensada, con pinos a los lados. A la derecha, casi tocando la casa, había una piscina de regulares dimensiones, en forma de *boomerang*. Sobre las aguas se veían hojas caídas de dos altos plátanos cercanos. Un poco más allá, una pista de tenis, con un alto seto separándola de la villa vecina. Todo reducido, pero bien aprovechado. Sam Barnes fue el primero en subir al porche, demostrando claramente que tenía que

ser él quien llamase. Y, además, lo hizo de un modo convenido.

La puerta se abrió al instante. Alguien los había visto llegar, evidentemente, y estaba esperando...

Bien. Allí estaba Konstantin Yedorev, con sus estrechos e inteligentes ojos escrutando a Brigitte y a Minello.

—Pasen.

La primera fue Brigitte, y el último Barnes. Yedorev había señalado hacia el interior de la casa. Los condujo al *living*. Y allí estaba su esposa, Raissa Yedorev, en pie, mirando poco menos que asustada hacia la puerta.

—Son ellos, Raissa —dijo Yedorev, en ruso—. Todo irá bien a partir de ahora..., espero.

—¿Decía usted algo, señor Yedorev? —Simuló Brigitte no entender el idioma ruso.

—Oh, perdón... Le decía a mi esposa que todo va bien. Ella sabe ya quién es usted, señorita Montfort, y —miró a Minello— suponemos que su acompañante sí pertenece a la CIA. No importa su nombre, claro.

—En efecto —musitó Brigitte—. Señor Yedorev, soy partidaria de pasar cuanto antes al asunto básico. Por supuesto, no imaginamos que usted esté... bromeando con esa oferta tan interesante, pero... tengo órdenes de asegurarme de su veracidad.

—Sí, sí... Lo comprendo. ¿Podría... disponer ahora mismo de parte del dinero? Quisiera pagar al señor Barnes. Ha sido muy amable y paciente con nosotros.

—Muy bien.

Brigitte entregó el portafolios a Yedorev, que lo abrió, y sacó unos fajos de billetes, como distraído. Contó diez mil dólares, y los tendió al detective privado.

—Aquí tiene, señor Barnes. Y muchas gracias por todo.

Sam Barnes se guardó el dinero, con evidente satisfacción.

—Supongo que ya no me necesitan ustedes —sugirió.

—Oh, no, no... Ya no. Su trabajo ha terminado.

—En ese caso, me despido. Ya conoce mi dirección en Nueva York, señor Yedorev. Si alguna vez me necesita..., vuelva a llamarme. Quedo a su disposición. Buenas noches a todos.

Se plantó delante de Minello, con una mano tendida. Frank miró a Brigitte, que asintió con la cabeza, autorizándole a devolver la

pistola al detective. Un minuto después, este se alejaba de la casita, en el auto que había recogido en Seaside Park. Y así lo hizo saber Frank Minello a Brigitte, con una seña.

La espía se volvió entonces hacia los rusos.

—¿Y bien?

—Quizá... quizá quieran tomar algo...

—Al grano, señor Yedorev. Usted, por supuesto, entiende la dificultad de su actual situación ahora que lo tenemos localizado. Sin embargo, estoy convencida de que todo irá bien. Dígame en primer lugar cómo llegó hasta aquí.

—Nosotros..., mi esposa y yo, recibimos una oferta en Rusia. Nos podrían sacar de allí, si pagábamos bien, y...

—La CIA podía haberlos sacarlos gratis.

—Sí... Bueno, yo no entiendo de estas cosas, señorita Montfort. A decir verdad, el espionaje me... aterra un poco. Acepté salir de Rusia cuando aquel hombre me aseguró que no tenía nada que ver con ningún organismo de espionaje. Ellos lo hicieron todo: viajes, pasaportes falsos, dinero...

—¿Le pidieron medio millón de dólares por eso?

—Sí. Yo pensé que Estados Unidos podría pagar esa cantidad por mi... colaboración, de modo que acepté.

—¿Qué tiene de malo Rusia? —entornó Brigitte los ojos.

—Son... puntos de vista. Si tiene tiempo para perder, le expondré cuál es mi ideología política y social, y...

—Comprendo. Muy bien, usted quiso venir a Estados Unidos, para trabajar aquí y, lógicamente, obtener de su invento más beneficios de los que obtendría en Rusia... ¿Correcto?

—Sí... Sí, lo admito. Además, está... mi manera de pensar... No podía vivir más tiempo allí. De modo que me trajeron a Estados Unidos, y me proporcionaron esta casa. Pero comprendí muy pronto que mi situación, por ilegal, era además peligrosa, así que decidí ponerme en contacto con la CIA.

—Esos hombres..., esos espías particulares que les han sacado de Rusia... ¿saben esto?

—No, no... Ni tampoco que llamé al señor Barnes a Nueva York. Conseguí un listín de allá, busqué un detective privado para que fuera el encargado de iniciar los contactos personales... Sé que corrí mucho riesgo, pero está claro que de todos modos lo estaba

corriendo, así que decidí aclarar cuanto antes mi postura en este país.

—Muy sensato. ¿Y los otros, esos espías... particulares?

—Me concedieron un plazo de un mes para reunir el dinero. Me irán llamando por teléfono, para saber cuándo pueden venir a cobrar.

—Parece que están muy convencidos de que usted reunirá esa cantidad, que por cierto no es nada despreciable, señor Yedorev... ¿Acaso tienen noticias del invento de usted?

—Sí... Bueno, ellos saben algo, claro... Tuve que convencerlos de que Estados Unidos pagaría esa cantidad...

—Entonces, deben de sospechar que usted está en tratos con la CIA, o con cualquier otro organismo norteamericano.

—Claro... Pero no quieren saber nada. Solamente les interesa el medio millón de dólares. Por cierto, ahora que he pagado al señor Barnes diez mil dólares, pues...

—No se preocupe por eso. Siga. Decía usted que esos hombres saben algo de su invento... ¿Cuánto saben?

—En realidad, nada. Solo que yo he inventado algo que puede valer mucho dinero, muchísimo más de quinientos mil dólares.

—¿Y esos hombres se conforman con esos quinientos mil? Absurdo, señor Yedorev.

—No... no comprendo...

—Lo lógico habría sido que le hubiesen robado su invento, para venderlo ellos por varios millones de dólares. Conozco muy bien estas cosas. Y dudo mucho que esa gente haya corrido tanto riesgo por quinientos mil dólares, teniendo en cuenta que su invento puede valer muchos millones.

Los Yedorev se miraron. Raissa Yedorev parecía sobrecogida, y miraba a Brigitte con los ojos muy abiertos.

—Bueno, yo... no... no sé —tartamudeó Yedorev.

—¿En ningún momento le pidieron detalles sobre su invento?

—Oh, sí... ¡Desde luego! Pero yo les dije que todavía no lo tenía terminado, que necesitaría material mecánico y químico, así como determinada potencia lumínica... Supongo que los confundí, los convencí de que mi invento ni estaba en mi mente ni en mis manos. Les fui pidiendo algunas pequeñas cosas durante el recorrido por Europa. Pequeñas piezas, productos químicos... Pero les decía que

eran solamente para seguir estudiando... el proceso.

—¿Los estaba usted engañando?

—Yo... admito que sí, señorita Montfort.

Brigitte asintió con la cabeza. Se acercó a una de las ventanas y miró al exterior. Permaneció allí no menos de un minuto, pensativa. Cuando se volvió, los demás no se habían movido, y la estaban mirando fijamente.

—Según yo entiendo, señor Yedorev, en realidad usted ya tiene terminado su invento, y puede hacerlo funcionar en cualquier momento.

—Sí... Así es.

—En ese caso, aceptará hacer una prueba que me convenza.

—¿Aquí? —se desconcertó Yedorev.

—¿Es muy grande ese aparato? ¿O no es un aparato? ¿Qué es?

Konstantin Yedorev dio la impresión de cerrarse súbitamente, con la fuerza de una ostra gigante.

—Es un aparato —dijo, casi secamente.

Brigitte lo miró, sonriendo con cierta ironía.

—¿Qué le ocurre? ¿Teme que yo le robe su invento?

—No, no... Bueno... Es que...

—Señor Yedorev, no habrá trato de ninguna clase, en firme, hasta que yo afirme, en la CIA, que su oferta es honesta y auténtica. De manera que si usted no me demuestra cómo funciona esa máquina o lo que sea, me temo...

—Se lo demostraré. Iré... iré a buscar el «Hidro» ahora mismo.

—¿Hidro?

—Ese es el nombre que he dado al rayo que... que brota de mi aparato. Pero será mejor que vaya a buscarlo. Lo tengo... desmontado, en pequeñas piezas, por si alguien... Bueno...

—Vaya a buscarlo, por favor. Su esposa puede ayudarle a traer las piezas.

—Sí... Sí, desde luego... Vamos, Raissa.

Salieron los dos del *living*. E, inmediatamente, la agente Baby comenzó a registrarlo todo, con gran rapidez...

—¿Qué buscas? —musitó Minello.

—Micrófonos. Ayúdame.

—¿Micrófonos? Pero...

—Ayúdame y calla, Frankie.

—Está bien.

Estuvieron dedicados a ello durante casi cuatro minutos, hasta que oyeron las pisadas de los Yedorev, regresando al *living*. Brigitte miró entonces a Minello, pero este movió negativamente la cabeza. Tampoco la espía internacional había encontrada nada. Lo cual, evidentemente, no era propio de espías profesionales, fuesen o no fuesen particulares. Si en aquella casa había un hombre que había inventado algo, y de lo cual podía hablar en cualquier momento con su esposa, era lógico que estuviese vigilado, por lo menos acústicamente. Quizás incluso con circuito cerrado de televisión. Eso habría hecho la CIA, al menos. Y la MVD, el MI5, el Deuxième Bureau...

—Aquí está —dijo Yedorev, apareciendo en el *living*.

Para entonces, Brigitte y Minello habían adoptado una actitud, de espera muy natural. Pero se acercaron inmediatamente a Konstantin Yedorev, que, igual que su esposa, estaba colocando sobre la mesita del *living* las piezas envueltas en algodón y sobrecubiertas con papel de periódico.

Konstantin Yedorev comenzó a montar el aparato, cuyo tamaño se vio muy pronto que no sería excesivamente grande. Poco más que una caja de zapatos corriente, en volumen total.

Una vez montado, el ruso mostró en la palma de la mano dos pastillas negras, circulares, de un cuarto de pulgada de grosor y una completa de diámetro.

—En realidad —sonrió, como quien contempla a un hijo inteligentísimo—, todo está concentrado en estos discos.

—¿Qué son?

—Son... —La miró vivamente—. Bueno, son producto de cierta composición química. Mire, yo... no quisiera parecerle un estúpido desconfiado, señorita Montfort. Le haré la prueba, pero ya no diré nada más hasta que esté convencido de que todo marcha convenientemente para mi esposa y para mí.

—De acuerdo —aceptó Brigitte—. ¿Cómo haremos esa prueba? La playa está cerca, de modo que podemos ir a buscar algo de agua allí...

—No será necesario. El agua de la piscina es salada...

—¿Va a convertir en dulce el agua de toda una piscina con este pequeño aparato?

Konstantin Yedorev se echó a reír nerviosamente. Parecía estremecido de gozo.

—¡Así es! La verdad es que un aparato de estos para desalinizar agua de mar en grandes cantidades costaría alrededor de trescientos mil dólares. Pero eso sería solamente el desembolso inicial. Luego, como decía en mi carta, bastaría un solo dólar de gasto para conseguir desalinizar un millón de galones de agua. Bueno, esto está listo para funcionar... ¿Vamos a la piscina?

—Vaya —exclamó Minello—. ¡Olvidé mi *slip*!

Brigitte le dirigió una mirada de disgusto, y el deportista italo yanqui le guiñó un ojo. Yedorev los miraba un poco desconcertado, pero, con el aparato en las manos, se dirigía ya hacia la puerta. Salieron al jardín, y el ruso pidió a Minello que llevase allí una de las mesitas de verano, arrinconadas entonces. Minello la colocó a unos quince pies de la piscina, y Yedorev colocó encima el aparato. Apretó un botón, y un fino rayo de luz brotó, intensísimo, directo hacia el agua.

—Está bien enfocado. Podemos empezar ahora mismo. El proceso dura apenas cinco segundos, y entonces...

—Un momento, señor Yedorev —interrumpió Brigitte—. Me parece que nos estamos precipitando.

—No, no... Todo está bien, se lo aseguro. El aparato es muy rápido, y el rayo «Hidro» apenas necesita cinco segundos para...

—No me refiero al funcionamiento de su aparato. Espero que no se moleste si antes probamos el agua de su piscina.

—¿El agua de...? ¡Oh! Ya... ya entiendo, claro... Sí, pueden probarla... Pero les aseguro que es agua de mar. Hay unos tubos de succión que nos proporciona agua abundante de mar a todos los vecinos de esta parte de la ciudad. Es más barata... Bueno, yo me he enterado... Sí, por favor, pruébenla.

Para entonces, Frank Minello estaba ya arrodillado junto a la piscina, y probando el agua que había recogido con una mano. La escupió furiosamente, se volvió hacia Brigitte, y dijo:

—¡Aaagggg...!

Brigitte sonrió, tomó también un poco de agua en el hueco de una mano, y bebió un sorbo. Estuvo a punto de decir lo mismo que Minello, pero se limitó a echarla a un lado. Fue a otro punto de la piscina, y de nuevo probó el agua. Y así, en tres puntos más. Era

agua de mar, sin lugar a dudas. Auténtica agua salada de auténtico mar... Cosa nada sorprendente, teniendo el Atlántico a menos de doscientas yardas.

—De acuerdo, señor Yedorev: proceda.

—Sí... Gracias...

Del aparato llamado «Hidro» volvió a brotar el finísimo e intensísimo rayo de luz, que incidió diagonalmente en la superficie del agua de la piscina. Justo en aquel punto brotaron unas cuantas burbujas, apenas siete u ocho segundos más tarde. Konstantin Yedorev apagó el aparato, y se enderezó.

—¡Ya está! Vamos ahora a probar el...

En la avenida se oía entonces un seco frenazo.

Brigitte se volvió vivamente hacia allí, sacando su pistolita del bolsillo del abrigo. Vio el camión, por entre los pinos, a unas treinta yardas. Y vio perfectamente al hombre que recuperaba rápidamente el equilibrio en el techo del vehículo y apuntaba hacia allí con un rifle... Alzó la pistola, apretó el gatillo... Se oyó el seco «plop» de su arma silenciosa, y el hombre se estremeció en el techo del camión, tras disparar una vez con su rifle, del cual había brotado un leve resplandor y una leve humareda que se disolvió instantáneamente... Algo estalló con seco crujido cerca de los pies de la espía internacional, que notó en el acto el extraño olor... No. No tenía nada de extraño... Lo último que vio, cuando estaba cayendo sobre el césped, fue el aparato llamado «Hidro», sobre la mesita...

Capítulo IV

Notaba el contacto en el rostro, y fue eso lo que la despertó, lentamente.

Cuando por fin abrió los ojos, vio algo encima de ella, una sombra inclinada sobre su rostro. Y al mismo tiempo que veía la sombra recordó, como en una vibración relampagueante de su mente, parte de lo ocurrido: un hombre sobre el camión, el rifle, aquel crujido de cristal roto cerca de sus pies...

No lo pensó ni un segundo. Sin saber todavía si sus fuerzas responderían o no, lanzó un seco golpe con el canto de la mano hacia la garganta de aquella confusa sombra humana. Oyó el grito de dolor y sorpresa, y la sombra se enderezó. Ella hizo lo mismo, de un salto, pero lanzando otro golpe, ahora contra la nariz de quienquiera que fuese el enemigo...

Y justo cuando acertaba de lleno el golpe, y la figura humana se precipitaba de espaldas a la piscina, gritando furiosamente, Brigitte recuperaba la completa noción del mundo que le rodeaba.

—¡Frankie! —gritó.

Intentó sujetarlo, pero Frank Minello, chillando de rabia, se precipitaba ya en la piscina, de espaldas, manoteando con un desespero que no obtendría resultado alguno. Su atlético cuerpo se hundió en las frías aguas salpicadas de hojas secas de plátano. Reapareció enseguida y nadó hacia una de las escalerillas, resoplando, aullando de frío.

Brigitte estaba ya allí, y le tendió una manita.

—Frankie, lo siento... ¡Lo siento tanto...!

—¡Aparta esa manaza de espía! —Rechazó Minello—. ¡Ya me las arreglaré para salir de aquí!

Salió de la piscina, chorreando. Brigitte le cogió las manos, apesadumbrada.

—Frankie, querido, no sabía bien lo que hacía...

—¡Espía! —Insultó furiosamente Minello—. ¡Espía y mil veces espía!

—Vamos a la casa —dijo ella—. Seguramente habrá algo allá que puedas tomar... ¡Oh, yo también siento un gran frío...!

Corrieron los dos hacia la casa. La puerta continuaba abierta. Todo estaba igual que lo habían dejado al salir con los Yedorev...

—¡Los rusos! —exclamó Brigitte—. ¡Frankie, los rusos...!

—No están —gruñó Minello—. Han desaparecido. Y también ha desaparecido aquel simpático aparato llamado «Hidro». ¡Por todos los..., atchíiisss! ¡Brigitte, vuelve!

Pero la espía no volvió, de momento. Había regresado junto a la piscina, y contemplaba el decepcionante panorama. Efectivamente, los Yedorev no estaban allí. Y tampoco estaba el aparato desalinizador. En un segundo, por fin funcionando normalmente su inteligencia, Brigitte lo recordó todo: la llegada del camión, el hombre subido en el techo, el disparo que efectuó con el rifle, la leve llamarada, el seco golpe de cristal contra el suelo, cerca de sus pies, el olor a gas...

Encontró enseguida los trocitos de cristal, sobre el césped. Les habían lanzado una ampolla de gas soporífero, y los habían dormido en un segundo. Luego, habían entrado tranquilamente en la villa, y se habían llevado a los Yedorev y el aparato «Hidro». Así de sencillo. Una cápsula de gas y listo.

Volvió a la casa, y entró en el *living*. Frankie no estaba allí, pero un rápido cálculo de probabilidades le indicó dónde podía estar. Y, en efecto, Minello estaba en la cocina, preparando café, manteniéndose cerca de la estufa de gas, tiritando violentamente. No se le podía culpar por ello. La noche era fría, y un baño no era precisamente lo más apropiado en aquel momento.

—¿Estás bien, Frankie? —preguntó.

—¡Atchíiisss!

—Te has resfriado —sonrió Baby—. Bueno, eso no es nada, comparado con lo que habrían podido hacernos. Te despertaste antes que yo, según parece.

—Sí, maldita sea... Estaba intentando reanimarte, y lo primero que se te ocurre es tirarme a la piscina.

—Creo que todavía estaba un poco dormida. Ese café huele bien. Iré a buscarte un poco de *whisky*, o lo que sea. Konstantin Yedorev

dijo que podíamos beber algo... El *vodka* no iría precisamente mal, en esta ocasión. Ya vuelvo.

Cuando volvió del *living*, con una botella de *whisky*, Minello estaba sirviendo dos enormes raciones de café, en unos grandes vasos. La miró torvamente, abrió la boca, contuvo un estornudo, y luego, por fin, pudo mascullar:

—De manera que este asunto era poco importante, ¿eh?

—Lo parecía. De todos modos, la cosa está bastante clara, tal como yo sospechaba.

—Ah... —Minello la miró con una simpática expresión de odio fingido—. ¿De modo que todo está bastante claro?

—Desde luego.

—Vaya... Pues si me lo explicas te estaré muy agradecido, querida espía... ¿Mucha azúcar? Oh, no digas nada, ya sé: sin azúcar. ¿Es bueno ese *whisky*?

Brigitte miró entonces la marca, y frunció el ceño.

—Me parece que no podremos elegir. Se lo han llevado todo, Frankie: los rusos y el aparato Y el portafolios con los documentos y el dinero, desde luego. Gracias...

Tomó el café y bebió ávidamente. Miró su relojito y calculó que habían estado dormidos, por efectos del gas, no menos de veinte minutos.

Luego, mientras bebía un sorbo de *whisky*, se fue encontrando mejor, menos congelada. Veinte minutos tendida junto a una piscina y casi a la orilla del mar en una noche de noviembre no es cosa que recomienden los médicos. Pero, evidentemente, Minello estaba en mucho peores condiciones que ella, temblando. Era alto y fuerte, pero el frío no respeta estaturas ni musculaturas.

—Subiré al piso de arriba a buscarte algo para cambiarte de ropas. Konstantin Yedorev no era mucho más bajo que tú. No te muevas de junto a la estufa.

—¡Je! ¡Me gustaría ver al guapo capaz de apartarme de aquí!

Se quedó con la botella de *whisky*, y Brigitte subió al piso alto. Había tres dormitorios, pero solo uno de ellos había sido ocupado, estaba bien claro. En el armario había ropas de hombre y de mujer. Escogió algunas prendas de hombre y las tiró sobre la cama. Cerró el armario... y volvió a abrirlo. Durante unos minutos se dedicó a registrarlo concienzudamente, pero no encontró nada interesante.

Después, dio una vuelta de inspección por el dormitorio, que tenía todo el aspecto de haber sido ocupado por personas que no pensaban permanecer allí mucho tiempo. Una de las maletas estaba en lo alto del armario, casi preparada para emprender viaje. Ni había doble fondo ni nada interesante.

En una mesita de noche encontró tabaco americano, una carterita de cerillas, dos periódicos... En la otra, algo que la sorprendió realmente. La desconcertó, más bien. Era una lanceta de cirugía, una especie de bisturí pequeño de hoja corta y de filo curvo. Lo estuvo examinando unos segundos, perpleja, antes de dejarlo donde lo había encontrado. También había allí un frasquito de perfume, un paquete de pañuelos de papel, unos pendientes baratos, un collar de perlas cultivadas... Aquella, sin duda, había sido la mesita de noche de Raissa Yedorev.

Por fin, y sin sorprenderse lo más mínimo, encontró el pequeño micrófono magnético, detrás de una de las mesitas de noche. Era natural, por completo lógico, inevitable. La culpa, ciertamente, había sido de ella, de la agente Baby. Había comprendido que aquellos espías particulares debían de vigilar a Konstantin Yedorev, y, sin embargo, no había tomado todas las medidas de precaución que el caso requería.

La cosa estaba muy clara. Los Yedorev habían subido a su dormitorio, habían hablado de recoger las piezas, de montar el aparato desalinizador... Y quien estaba a la escucha se había enterado. Les dieron el tiempo justo para probar el aparato, llegaron, les dispararon una ampolla de gas, y se llevaron el invento y a los Yedorev. La espera había terminado. Konstantin Yedorev y la CIA habían caído en la trampa. Disculpable en Yedorev, quizá, pero no en ella, en la agente Baby.

Disgustada consigo misma, regresó a la cocina, y tiró las ropas a las manos de Minello, que se apresuró a quitarse las mojadas. Cuando estuvo en paños menores, aconsejó:

—Vuélvete.

Brigitte obedeció, alzando la mano que sostenía el pequeño micrófono.

—Era una trampa, Frankie; estaban esperando que Yedorev descubriese su juego. Y cuando supieron que iba a probar el «Hidro», vinieron a buscarlo. Se enteraron de todo.

—Pues esos espías particulares son muy listos. ¿Qué crees que harán ahora?

—No sé... Es decir, imagino algo, claro...

—¿Qué cosa?

—Pedirán dinero por el aparato, es evidente. Eso es lo que perseguían desde el primer momento. Gastaron dinero y corrieron riesgos para sacar a los Yedorev de Rusia. Y, desde luego, no lo hicieron con la esperanza de cobrar unos problemáticos quinientos mil dólares. Lo dejaron aquí, muy tranquilo, y Yedorev terminó su trabajo. Ellos han esperado el momento oportuno, y ahora tendrán que mostrar su juego.

—Lo entiendo. ¿Cuánto crees que pedirán?

—No sé. Depende del éxito de ese aparato...

—Éxito completo. El agua es dulce.

—¿Qué agua? —musitó Brigitte.

—La de la piscina.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Atchiiiiiiss!

—Ah, sí —sonrió Baby—. ¿De veras es dulce, Frankie?

—Desde luego. He tragado la suficiente para saberlo. ¿Has visto el aparato, afuera?

—¿Qué aparato?

—El trasto que encontré encima de tu vientre. Lo aparté para hacerte la respiración...

—¿De qué estás hablando? —Se impacientó Brigitte.

—Creo que era una de esas radios que usas tú en ocasiones. Algo parecido. Ya puedes volverte. Me he puesto... ¡Eh! ¿Adónde vas?

Brigitte corría de nuevo fuera de la casa. Llegó otra vez junto a la piscina, y estuvo examinando el suelo cerca de donde había despertado, hasta encontrar, en efecto, una pequeña radio de bolsillo, que alguien había dejado para que dispusiera de ella. Estuvo examinándola unos segundos, pensativa. De pronto, recordó las palabras de Minello, y se acercó al borde de la piscina, y tomó un poco de agua con la mano. La probó, y quedó estupefacta. Agua dulce. Agua potable, además. La probó en distintos puntos, igual que hiciera antes, cuando Yedorev se disponía a utilizar el «Hidro». Ciertamente, igual que antes no se había podido dudar de que lo que contenía la piscina era agua de mar, tampoco ahora se podía

dudar de que era agua dulce y potable.

—Lo ha conseguido —musitó—. Ha conseguido desalinizar el agua de mar...

Se incorporó, todavía desconcertada. El alcance de aquel asunto la puso de mal humor. Ciertamente, no parecía que aquel aparato inventado por Konstantin Yedorev costase demasiado dinero. Y, luego, aquellas pastillas negras, conseguidas por alguna fórmula química...

Un dólar por un millón de galones de agua de mar desalinizada. Fabuloso. Aquello sí que merecía correr riesgos e invertir dinero.

Regresó a la cocina. Frank Minello estaba bebiendo directamente de la botella de *whisky*, pero la bajó en el acto, para mirarla, expectante.

—¿Qué?

—Es agua dulce, Frankie. Agua potable.

—No sé si alegrarme, ahora que esa gente nos ha quitado de las manos el aparato de Yedorev.

—No podemos culparnos de nada. Lo tenían bien preparado, vigilaban a los Yedorev, la casa... Era lógico. Ellos querían un fruto mucho mayor que quinientos mil dólares... Y ahora están en condiciones de exigirlo.

—Eso parece. —Minello señaló la pequeña radio—. Ese es el aparato que tenías sobre el vientre, me parece.

—Sí... Estaba sobre la hierba. Parece que alguien está esperando que nos comuniquemos, Frankie.

—¡Claro...! —Pareció comprender de pronto Minello—. ¡Eso es lo que quieren, y me...! Bueno, ¿qué estás esperando? ¿O es que no sabes cómo utilizar ese cacharro?

Brigitte sonrió fríamente y apretó el botoncito de llamada. Casi enseguida, la llamada fue admitida, y se oyó una voz de hombre.

—¿Sí?

—Soy Brigitte Montfort, la agente auxiliar de la CIA que ha realizado el contacto con Konstantin Yedorev. Ya me he recuperado de los efectos del gas.

—Ah... Lo celebramos mucho, señorita Montfort. ¿Está bien?

—Relativamente. ¿Cuánto piden?

—¿Cómo? Oh, ya sé... Se refiere usted al aparato desalinizador, sin duda.

—En efecto.

—Bien... Nosotros no trabajamos por amor al arte, señorita... En general, nuestras tarifas son más bien caras. Tenga en cuenta...

—¿Cuánto? —Cortó Brigitte secamente.

—Tres millones.

—¿Está loco?

—Es posible. Pero eso no vamos a discutirlo. Ni tampoco el precio, señorita Montfort. Tres millones de dólares a cambio de los Yedorev y del invento. Lo vimos funcionar, desde donde estábamos vigilando, y después de tirar la ampolla de gas fuimos a probar el agua... ¿Usted lo ha hecho también, quizá?

—Sí.

—Entonces, quizá no le parezca demasiado caro tres millones de dólares. Por mi parte, todavía no me lo creo, pero... hay que rendirse a las evidencias. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

—¿Era realmente de mar el agua que había en la piscina antes de que ese aparato funcionase?

—Sin duda de ninguna clase.

—Asombroso... Bien, desde luego, me alegro mucho del talento de Konstantin Yedorev. Temo que está un poco... disgustado con nosotros, pero ya se le pasará. ¿Qué me dice de esos tres millones de dólares?

—No tengo facultad para decidir eso, señor...

—Llámeme «Delfín». Me encanta el agua... En cuanto a sus posibilidades para tomar decisiones, pues no hay una prisa... exagerada. ¿Le parece bien una nueva conversación mañana a las doce del mediodía?

—De acuerdo. Tengo tiempo de consultar respecto a su desorbitada petición.

—No tan desorbitada. Hemos tenido mucha paciencia, hemos arriesgado mucho... Konstantin Yedorev ha sido... astuto con nosotros. Pero lo sabíamos. Del mismo modo que sabíamos que era solo cuestión de tiempo, cuestión de esperar. No es que quiera presionarla a usted personalmente o a la CIA, señorita Montfort, pero, aparte de que opino que tres millones de dólares no es demasiado, hay otro hecho que... Digamos, una circunstancia interesante para que ustedes lleguen a la conclusión de que tres

millones de dólares es muy poco.

—¿De qué está hablando?

—Bien... Nosotros sacamos de Rusia a los Yedorev, supongo que ya está enterada de ello.

—Sí... Sí, en efecto. ¿Y qué?

—Pues que si no cobramos tres millones de dólares por ellos y su invento, tal como los sacamos de Rusia, podemos... regresarlos allá... Con invento incluido, naturalmente. Estoy seguro de que me entiende.

—Lo entiendo muy bien, señor «Delfín»: si no pagamos nosotros, le harán la misma oferta a Rusia.

—¡Exacto! Confieso mi predilección por Estados Unidos, pero... Francamente, tres millones de dólares es mucho dinero. El mejor golpe que habremos dado desde la... fundación de nuestra sociedad. Quiero advertirle que haremos lo que sea con tal de no perder esta oportunidad.

—Le llamaré mañana a las doce.

—Muchas gracias. Es usted muy amable... Hasta mañana, señorita Montfort.

Brigitte cortó la comunicación y se quedó mirando el aparato. Minello le tendió un vaso con un poco de *whisky*, y ella bebió lentamente, pensativa.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó él.

—Hay teléfono en el *living*... Lo primero que tenemos que hacer es llamar a tío Charlie.

Capítulo V

—Tres millones de dólares... ¡Tres millones de dólares!

Charles Pitzer parecía aullar, más que hablar. Estaba rojo de rabia, y, evidentemente, muy preocupado no solo por aquella petición que tendría que cursar a la Central, sino por el hecho de que habían desaparecido quinientos mil dólares, dos pasaportes arreglados legalmente por las influencias de la CIA, dos ciudadanos rusos que, como consecuencia de lo anterior, disponían de pasaporte norteamericano, y, además de todo esto, había desaparecido el invento que habría podido revolucionar el sistema de regadíos en todo el mundo.

—Dicen que no es un precio desorbitado —sonrió Brigitte.

—Están locos —masculló Pitzer—. ¡Completamente locos!

—Es lo que dije yo..., pero no me hicieron demasiado caso. Están convencidos de que Rusia no opinará igual, y sacan partido de ello. Desde luego, si no pagamos, podemos despedirnos del «Hidro», tío Charlie.

—¿Esa es todo lo que se le ocurre?

—Por el momento, sí. No tengo la menor idea de cómo podría realizarse un nuevo contacto más... precavido con esa gente. Me refiero a las ampollas de gas. Pudieron matarnos, pero no les convenía. Querían que viésemos que el invento era cierto, y utilizarnos a Frankie y a mí para el siguiente contacto. Esto es, la entrega de los tres millones.

—¿Qué más han dicho?

—Nada. Imagino que podemos pagar en billetes de mil, sin complicarnos la vida. Es fácil prever el destino de esos tres millones: un Banco suizo. Lo clásico. Es decir: adiós, tres millones...

Charles Pitzer soltó un feroz gruñido y se volvió hacia la puerta del *living*, en la cual aparecía Simón, su ayudante directo en Nueva York, llevando una jarra con agua en una mano.

Sonreía hurañamente.

—Rica agua potable, señor... ¿Por qué no rendirnos de una vez a las evidencias? No es nada nuevo. Se está consiguiendo en varios lugares de Estados Unidos... Según parece, Konstantin Yedorev se ha limitado a perfeccionar y abaratar el sistema. Eso es todo... ¿Quiere usted probarla?

—No.

—Entonces, la tiraré...

—No, no, Simón —dijo Brigitte—. Quiero que la analicen. Simón aprobó con la cabeza.

—No es mala idea. Pero todos sabemos que el resultado del análisis será único: «H₂O». Es decir, agua pura y simple. De todos modos, me ocuparé de eso. ¿Registramos la casa?

—No es necesario —musitó Brigitte—: ya lo hice yo, y no creo que encontremos nada nuevo o interesante. Sabemos todo lo que ha ocurrido: sacan a los Yedorev de Rusia, los traen aquí, los vigilan, esperan el momento oportuno escuchando por medio de micrófonos, y actúan justo a tiempo. Eso es todo. ¿Qué hay de Samuel Barnes, el detective privado?

—Según últimas noticias, recibidas en el coche mientras veníamos hacia aquí, había cerrado por hoy su oficina de Brooklyn, y se dirigía a su domicilio particular. Se le investigó, naturalmente.

—¿Y...?

—Psé. Hay cientos como él. No creo que resulte interesante, en ningún sentido. Es corriente y normal. Ha colaborado algunas veces con la Policía, tal como es usual en los detectives privados de narices con buen olfato. Es todo.

—Habrá que regresar a Nueva York —sugirió Pitzer, cada vez de peor humor—. Tengo que llamar a la Central desde allí. ¡Tres millones de dólares...! Me pedirán la dimisión, Brigitte.

—Es probable —sonrió la espía—. En tal caso, dígales que la mía irá unida a la suya, tío Charlie.

Simón rio, divertido.

—¡Es una buena amenaza para la Central! ¡Apuesto a que se quedarán fríos si oyen eso! ¡Lo ha salvado el gong, señor!

—Todos tenemos derecho a equivocarnos o a fallar alguna vez —dijo Brigitte—. A fin de cuentas, no somos robots: solo espías. De todos modos, tres millones por ese invento es un precio... módico.

Creo que iré a visitar a Sam Barnes, tío Charlie.

—¿Por qué?

—Caprichos femeninos —volvió a sonreír Baby—. ¿Usted no sabe que las mujeres nos enamoramos siempre del hombre más feo?

Frank Minello se colocó delante de Brigitte, bizqueando, torciendo la nariz hacia un lado, subiendo un hombro más que el otro, enseñando los dientes en una fea mueca.

—Soy Quasimodo —tartajeó—. Y soy Drácula, y el Hombre Lobo... ¡Soy el tío más feo del mundo, vamos!

—¡No seas pelma, Frankie! —Rio Brigitte—. Pero ¡si eres un muchacho encantador!

—¡Te digo que soy feo!

—Y yo digo que eres un muchacho encantador.

Frank Minello recuperó rápidamente su aspecto normal.

—¿De veras piensas eso de mí, Brigitte? —Casi gritó.

—Desde luego... Te diré lo que vamos a hacer esta noche...

—¡Mauuu...! —exclamó Minello—. ¿Qué... qué vamos a hacer...?

—Te llevaremos a Nueva York, te dejaremos en un taxi, y te meterás en la camita.

—¿Y tú?

—Yo iré a ver a Sam Barnes.

—Maldita sea mi suerte...

* * *

Sam Barnes apareció en albornoz, con una toalla al cuello, gesto agrio y con aspecto de ir a estornudar de un momento a otro; pero se le pasó inmediatamente el resfriado al reconocer a su visitante. Abrió mucho los ojos, parpadeó luego, sacudió la cabeza...

—Caramba...

—Parece que llegó en un momento inoportuno, señor Barnes.

—Pues... ¡No, no, nada de eso! Ya he tomado un buen baño caliente, unos tragos de *whisky*, unas cuantas pastillas de esas... Espero estar bien mañana.

—Entonces, quizá será mejor que vuelva mañana.

—¡De ninguna manera! Pase, por favor, señorita Montfort. Creo que todavía queda algo de café. Le prepararé...

—No se moleste. Solo he venido a charlar unos minutos con usted.

—Bien... Pase, pase...

Entraron los dos en el *living*. El apartamento no era muy grande, pero sí confortable, amueblado y decorado con gusto y buen sentido. En el *living* había de todo: cuadros, libros, televisión, bar, radio con

pick-up

, discoteca, alfombras, sillones, un sofá, revistas, tabaco... Un agradable lugar, fácilmente identificable como perteneciente a un raro ejemplar humano: el soltero que sabe arreglárselas perfectamente.

—No esperaba... Jamás se me hubiese ocurrido que tendría este honor —sonreía Barnes—. ¿De veras no quiere tomar nada?

—Estaré poco rato... Ya le digo que no quiero molestarle.

—¡Por favor...! Solo estaba leyendo... Y para hacer eso siempre hay tiempo...

—En efecto.

Brigitte echó un vistazo al libro que se veía en un sillón colocado junto a la lamparita de pie. Luego, miró con irónica expresión a Barnes, que enrojeció ligeramente.

—Bueno... Ya sé que es una lectura un poco... fuerte. Pero me distrae de cuando en cuando. Claro está que estas cosas entre hombres y mujeres y... entre hombres y hombres... Ejem... No siempre leo esto, se lo aseguro.

—Por supuesto, señor Barnes —rio la espía.

—Mmmm... Bien... ¿En qué puedo servirla? ¿La CIA tiene algo contra mí?

—No, no... Por el contrario, señor Barnes: solicitamos su colaboración.

—¿Mi... colaboración?

—Es bien sabido que los detectives privados tienen una vista y un olfato especiales. A veces, por lo menos en las novelas, resuelven casos que han vuelto loca a la Policía. Pero, señor Barnes, nosotros no vamos a exigirle tanto. Solo queremos que... estruje su memoria.

—Pues... No comprendo, lo siento.

—Se trata de que intente por todos los medios recordar algo sobre los Yedorev. Mejor dicho, sobre lo que los rodeaba. No voy a

pedirle que traicione a sus clientes, porque nosotros sabemos ya bastante sobre ellos, y aún sabremos más dentro de poco. Tenemos nuestros medios para ello. Lo que nos interesa saber es si usted vio alguna persona que no fuesen ellos en su casa de Bridgeport.

—Ah... No. Lo siento. Solo a ellos.

—¿No recibían visitas?

—Lo ignoro, de veras.

—¿Vio algún auto rondando... insistentemente por allí, alguna persona que le resultase sospechosa, un camión...?

—No... No, no, de veras... ¿Ocurre algo?

—Nada importante. Ya le dije que a mí siempre me encargan cosas de poca importancia. Es pura rutina del espionaje... ¡Fantástico! ¡Formidable!

—¿El... el qué...? —se desconcertó Barnes.

—Ese cuadro. Parece... una fotografía. Es lo más exacto y fiel que he visto jamás, y...

—Señorita Montfort —sonrió Barnes—, no siga: es una fotografía.

—¿Una fotografía? ¡Oh, imposible...! Se ve el brillo de los óleos, los relieves...

—Bueno, es... es una fotografía en colores que yo mismo... yo mismo arreglé. Usted ya sabe... Es fácil. Se pone una capa de barniz sobre algunos brochazos de pintura en los sitios adecuados. Hay que tener vista y cuidado, por supuesto... Luego, una capa de esmalte brillante: transparente... Realmente, parece un cuadro. Pero no lo es.

—Vaya. Francamente, señor Barnes, me consideraba experta en arte pictórico... Estos autos, la pista... Todo da sensación de velocidad, de... autenticidad, de mano de artista genial. De veras lamento que sea una fotografía. ¿Le Mans, quizá?

—No, no —rio Barnes—: Indianápolis. Campeonato del sesenta y tres, me parece... ¿De verdad no quiere tomar nada?

—De verdad. —Brigitte se apartó del cuadro—. Mire, señor Barnes, voy a ser sincera con usted. No sé si es verdad que no vio nada importante, pero le aconsejo que tenga mucho cuidado.

—Yo no... no comprendo...

—Ha ocurrido algo imprevisto. La verdad es que he venido aquí con pocas esperanzas de que pudiera ayudarnos, pero nunca se

sabe. A veces, se ven cosas a las que de momento no se concede importancia... No sé si me entiende...

—¡Desde luego que sí! Me ha ocurrido varias veces.

—Bien. Eso es conveniente para mí. Si recordase algo respecto a los Yedorev, le agradecería que llamase a la CIA, en Washington, para notificarlo. Ya le digo: alguna persona, o coche, o camión, que estuviese por allí cerca... Cualquier detalle que apunte hacia personas o cosas, señor Barnes. Usted me entiende: por algo es detective, ¿no?

—La entiendo —musitó Barnes—. Por lo menos en ese sentido... ¿Por qué dice que he de tener cuidado?

—Usted, si bien de un modo superficial, se ha introducido en este asunto. Quizás alguien crea que estorba.

—¿Que yo estorbo...? —Se mordió los labios Barnes.

—Hay gente que piensa de un modo muy... especial. El hecho cierto, señor Barnes, es que los Yedorev han sido raptados. Y si usted vio algo que puede comprometer a alguien, quizá decidan... eliminarlo.

Sam Barnes dio un paso atrás.

—Usted está... bromeando —tartamudeó.

—Le aseguro que no. Usted me resulta simpático, de modo que he venido a advertirle de cómo están las cosas. Por nuestra parte, solo nos sería usted útil si recordase algo. Como contrapartida, nos sería inútil si muriese. Y eso, claro está, lo saben quienes han raptado a los Yedorev. Si ellos creen que usted vio algo en alguna de sus visitas a los Yedorev, pues... Bien. Buenas noches, señor Barnes.

—¿Qué... qué puedo hacer...?

—Si yo fuese usted, pondría tierra de por medio durante dos o tres semanas.

—¡Pero no puedo hacer eso! ¡Tengo mucho trabajo...!

—Lo entiendo. Entonces, sería bueno que no olvidase nunca su pistola en casa. Yo ya le he avisado, señor Barnes. Y quiero que entienda que esto es una... atención personal. La CIA no tiene tantos miramientos.

—Bueno... No sé... ¡Pero es que yo no sé nada, no puedo perjudicar a nadie! ¡Me llamaron por teléfono desde Bridgeport, fui allá...!

—Sé todo eso. Pero insisto en que pudo ver algo. Mire, yo no tengo por qué insistir. Es su vida la que puede... interrumpirse.

—Usted no ha venido solo para beneficiarme con el aviso, sino a enterarse de si yo sabía algo... ¡Y ya le digo que no sé nada! ¡Malditos sean esos diez mil dólares!

—No hable así del dios dólar —sonrió Brigitte—. Adiós, señor Barnes. Le tendré presente en mis oraciones.

* * *

—¿Qué dice ese tipo? —masculló Charles Pitzer.

Brigitte se acomodó en el asiento de atrás, y le hizo una seña a Simón, que este interpretó debidamente: la espía quería retirarse a descansar. De modo que puso el coche en marcha...

—No sabe nada.

—Es natural. Lo utilizaron, le pagaron, y eso es todo.

—Evidentemente. Creo que se ha asustado un poco, pero eso no mata. Vigilará bien a su alrededor, pero no creo que abandone la ciudad.

—Eso es cosa de él.

—Cierto. Yo me retiro a dormir, tío Charlie. Si le parece bien, usted llame a la Central, y exponga mi caso. Puede llamarme temprano por la radio directa a mi dormitorio.

—Se encolerizarán cuando les pida tres millones de dólares.

—Un poco —sonrió Brigitte—. De todos modos, dígales que me hago cargo absoluto del caso, y que yo misma llevaré el dinero. Espero arreglar bien las cosas, como siempre. Lo importante es volver a tener contacto con esa gente, sea como sea. Solo que la próxima vez iré con más cuidado, se lo aseguro.

—¿Y si fracasa? —musitó Pitzer.

Baby Montfort sonrió burlonamente.

—Si fracasa, la CIA perderá una espía... Y tres millones de dólares. Me pregunto qué pérdida lamentará más profundamente.

Capítulo VI

—¡Atchíiii!

—Buenos días, Frankie —sonrió Brigitte—. Parece que tu resfriado está en muy buenas condiciones.

—Seguro que sí. En buenas condiciones... para llevarme a la fosa... ¡Atchíiiss!

—Salud —rio la espía.

—Ya me he tomado un montón de pastillas. Me han asegurado que dentro de un par de horas estaré como nuevo.

—Lo celebro. Perdona un momento...

Estaba sonando el teléfono del *living*. Brigitte atendió la llamada, y enseguida sonrió, guiñando un ojo a Minello.

—Hola, Miky —saludó—. ¿Qué tal?

—¡...!

La espía apartó el auricular de su oído, como asustada. Hasta Frank Minello llegó la airada voz de Miky Grogan, director del *Morning News*, en el cual prestaban ambos sus servicios.

—Va a dejarme sorda, Miky. Para hablar así no necesita teléfono. Le basta con asomarse a la ventana de su despacho y gritarme a través de Manhattan. Le oiré igual.

—¡...!

—Sé que soy muy graciosa y simpática. No se la tome así, recuerde sus nervios.

—¿...?

—Estoy preparando un artículo interesantísima. Le aseguro que habrá valido la pena mi ausencia de un par de días en el periódico.

—¡...!

—Prometido. Le gustará el artículo. ¿Cómo?

—¡...!

—¿Frankie? No sé... No lo he visto desde ayer. ¿Tampoco está en su apartamento? Pues juraría que anoche la dejé allí... Quizá lo

hayan raptado.

—¡...!

—Pues no sé para qué querría alguien a «sernejante zoquete», pero nunca se sabe. Dicen que hay una ola de raptos de hombres guapos.

—¡...!

—Se lo diré si lo veo. Cuide esos nervios, Miky... Perdóneme, pero tengo algo importante que hacer. Ya pasaré cualquier día por ahí. Hasta la vista, querido. —Colgó, sin más explicaciones, y se quedó mirando a Peggy, recién aparecida en el *living*—. ¿Ya, Peggy?

—Sí, señorita. El señor Pitzer está en la radio directa.

—Pues vamos allá. ¿Le has preparado la ballena al señor Minello?

—Sí, sí —sonrió la bonita doncella.

—Estupendo. Necesita muchas vitaminas, para salir de este resfriado. Vamos a mi dormitorio, Frankie.

—¡Yuuupiiii...! —grito Minello.

Brigitte sonrió, y Peggy se echó a reír, camino de la cocina. Segundos después, la espía internacional atendía la llamada de la radio camuflada dentro del gran armario que ocupaba todo un paño de pared.

—Adelante, tío Charlie.

—Todo está en marcha.

—¡Bien! ¿Qué han dicho en la Central?

—Pues... Primero hubo un silencio glacial. Luego, me dijeron que me darían la respuesta a la mayor brevedad. La tuve a las cinco de la mañana, pero como a usted no la llamarán hasta las doce, he querido esperar una hora decente para llamarla.

—¡Pero qué atento y delicado, tío Charlie...! ¿Cuál ha sido la respuesta definitiva?

—Envían los tres millones de dólares. Dentro de media hora, esto es, a las diez y treinta y cinco, un avión deportivo, biplaza, tomará tierra en el Aeropuerto de Kennedy. Dos agentes especiales de la Central transportan los tres millones de dólares. Quieren entregarlos a usted, personalmente. Y en el aeropuerto.

—Entiendo. Estaré allí lo antes posible. ¿Qué me dice del agua?

—Supongo que se refiere a la que recogimos de la piscina de la casa donde estaban los Yedorev.

—Claro.

—Yo no digo nada, entonces. Se pone Simón, y arrégleselas con él.

—Salgo ganando con el cambio... ¿Simón?

—Hola, Baby. Mire... No se lo va a creer...

Brigitte tuvo inmediatamente uno de sus presentimientos, con su fácil intuición.

—No me diga que vertió el agua, Simón.

—Bueno...

—¡La vertió!

—Es que aquella jarra... era difícil de llevar. Se... se me cayó, y...

—No siga —sonrió Brigitte—. Tengo algo muy agradable para usted, Simón, si me hace el favor. Una divertidísima excursión a Bridgeport.

—Me lo temía. De acuerdo: saldré lo antes posible hacia allá, para recoger más agua y llevarla a analizar. ¿Cree que vale la pena?

—Sinceramente, no. Pero es bonito tener algo en qué ocuparse, ¿no le parece? Ah, tenga cuidado. No sabemos aún cuánto peligro puede haber alrededor de esa casa. ¿Okay?

—Okay. ¿Algo más?

—Sí. Despídame de tío Charlie. Los llamaré cuando sepa algo concreto. *Ciao*, Simón.

—Eso.

Brigitte cerró la radio y se vistió rápidamente, escamoteándose con gran habilidad a los esfuerzos de Minello por ver algo más que un par de bonitas piernas y unos hombros preciosos.

—Se te van a gastar los ojos, Frankie —rio ella.

—¡Si fueses más generosa conmigo no tendría que hacer tantos esfuerzos para ver algo...! ¡Me gustaría...! ¡Atchííssss...!

—¡Salud!

* * *

Los dos hombres saltaron de la avioneta deportiva, y miraron a su alrededor. Uno de ellos llevaba un gran portafolios, sujeto a la muñeca izquierda por medio de una cadenita. El otro iba con las manos vacías, pero la izquierda se mantenía sobre el pecho, como

arreglando su corbata. Fue este quien vio a la muchacha que se acercaba, acompañada de un tipo altísimo, de hombros hercúleos, sonándose fuertemente.

—¿Quién es él? —musitó.

El de la cartera de piel aprobó con un gesto.

—No hay cuidado. Su nombre es Frank Minello, también periodista, como ella. Se dejaría matar cien veces por Baby. Tranquilo, Rock.

—Bien.

Brigitte y Minello se detuvieron delante de los dos hombres, la primera sonriendo amistosamente.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Perfecto. Esto es para usted, Baby.

Quitó la cadena y tendió el portafolios a Brigitte, que lo sopesó, sonriente.

—Es un bonito regalo de Navidad —comentó—. Un poco adelantado, pero muy bonito. ¿Tienen algo más para mí?

—Un recado de míster Cavanagh. Dice que insistamos en el hecho de que ha sido él quien ha conseguido que la CIA arriesgue estos tres millones de dólares. Pero que lo hace con la seguridad de que usted los devolverá... junto con el rayo «Hidro» y los Yedorev.

—Ese es el trato —sonrió secamente la espía—. De no disponer de este dinero, esa gente no entraría de nuevo en contacto conmigo. Pueden decirle a míster Cavanagh que le haré quedar bien ante el Consejo... ¿Algo más?

—Solo desearle suerte.

Se estrecharon las manos. Los dos agentes de la CIA regresaron al aparato. Y un minuto después este se perdía en la distancia, a velocidad considerable.

—¿Te has dado cuenta, Frankie?

—¿De qué?

—Pocas palabras, pero claras y precisas. Eso es típico en un espía. Procura recordarlo.

—Sí.

—Vamos al coche —rio Brigitte—. Estaremos dando un paseo hasta las doce, hora en que me llamarán para darme indicaciones respecto al modo de canjear el dinero por el rayo «Hidro» y sus inventores.

—¿Señorita Montfort?

Brigitte mantuvo el aparato ante su boquita, ladeando la muñeca para mirar la hora.

—Son ustedes puntualísimos, señor «Delfín».

—Vale la pena. ¿Tiene el dinero?

—Desde luego.

—¿Los tres millones?

—No lo he contado: tengo la seguridad de que en Washington saben hacerlo muy bien. Apuesto a que no hay ni un solo dólar de más.

—Esperemos que tampoco de menos... ¿Qué clase de billetes?

—Dólares americanos, naturalmente. De a mil. Esa clase de billetes que siempre son bien recibidos en ciertos Bancos europeos.

—Es usted muy aguda —rio «Delfín»—. Bueno, si está dispuesta a jugar limpio, le daré las instrucciones respecto al modo de entrega.

—Adelante.

—No ha dicho si va a jugar limpio.

—Me bañé esta mañana.

—¡Espléndido sentido del humor! —Rio el otro—. Parece que se resiste usted a dar su palabra respecto a juego limpio.

—¿Mi palabra? La tiene, señor «Delfín», por supuesto. Jugaré limpio, con toda nobleza... Igual que ustedes.

—Entiendo. Por nuestra parte, todo irá bien. Ahora, escuche: ¿conoce Long Island?

—Señor «Delfín», dígame dónde quiere que nos veamos para el canje y en qué condiciones. Yo sabré encontrar el lugar.

—Long Island, carretera Veinticinco, hasta Jericho. Desvíese a la izquierda, hacia East Norwich. Entre Jericho y East Norwich, verá un camino de tierra, a la derecha. A un cuarto de milla, una casita de una sola planta, cuyo nombre se ve en una placa de latón: «Quinton Village». Ese es el lugar.

—Lo encontraré.

—Un detalle, señorita Montfort: tiene que ir completamente sola. Absolutamente sola.

—Está bien.

—Y le advierto que estaremos vigilando la casa hasta las siete y media, hora de la cita. Cualquier movimiento cerca de ella, cualquier cosa que nos parezca sospechosa, anulará automáticamente la cita y el trato. En cuyo caso, los Yedorev emprenderían muy pronto el regreso a la madrecita Rusia. ¿Entendido?

—Por completo.

—Eso es todo. Hasta luego, señorita Montfort.

—*Ciao, signore «Delfin».*

Brigitte guardó la radio y se volvió hacia Minello, que estaba mascullando algo.

—¿Qué murmuras, Frankie?

—Quieren que vayas sola... ¡No me gusta esto!

—Ni a mí —sonrió duramente la espía—. Tú y yo vamos a trazar un plan durante este compás de espera, querido.

Capítulo VII

El coche se detuvo delante mismo de la casita que ostentaba la placa con el nombre de «Quinton Village». Se veía luz en una de las ventanas, y en el pequeño porche.

Brigitte tocó un par de veces el claxon, brevemente. Para entonces, la puerta se estaba abriendo ya, y un hombre aparecía en el umbral, muy tranquilo. Si había dificultades, no sería en aquel momento, tan precipitadamente. Cuando hay tratos entre espías, primero se habla. Lo de matar viene más tarde... si conviene.

El hombre hizo señas a Brigitte para que se apease, pero la espía sonrió fríamente y movió la cabeza en sentido negativo, haciendo señas a su vez al hombre para que se acercase. Entonces fue cuando, junto a la portezuela de su lado, apareció el otro, con una imponente pistola en la mano derecha, provista de largo tubo silenciador, con el cual dio un par de golpecitos en el cristal, mientras con el pulgar de la otra mano señalaba hacia la casa.

Baby encogió los hombros, con ademán resignado, y se apeó. Se quedó mirando al hombre que tenía junto a ella, quien, a su vez, la miraba expectante, desconfiado.

—¿Lleva armas?

—No, señor... Mire..., le ruego que seamos breves... No me gusta esto. Siempre me... me encargaron trabajos más sencillos, y... ¡Y no volveré a tener tratos con la CIA en mi vida!

—Es una buena decisión. ¿Y el dinero?

—Dentro del coche.

—Pues sáquelo..., si es tan amable como hermosa.

—Me... me han dicho que no lo... lo entregue hasta ver a los dos rusos, señor...

—Todo llegará. ¡Vamos, saque ese dinero, gatita!

—Pero es que me han dicho...

La punta del silenciador se apoyó en la garganta de Brigitte, que

abrió mucho los ojos y quedó envarada, crispada, completamente inmóvil.

—¿La saca usted..., o lo saco yo? —susurró el hombre.

Los ojos de la espía dijeron que sí, y la pistola se apartó de su garganta. Fingiendo perfectamente un temblor casi violento, Brigitte introdujo medio cuerpo en el coche, y asió la cartera, que estaba en el asiento contiguo al del volante. Mientras esto sucedía, notó en los riñones de nuevo la punta de la pistola, y oyó la voz del hombre:

—Sin tonterías, gatita.

—No... No, señor, no... ¿Puedo... sacar el portafolios...?

Dejó de notar la pistola en la espalda. Se enderezó, con el portafolios en las manos y se quedó mirando al hombre. Parecía terriblemente asustada.

—Démela.

—¡No! —Casi gimió Brigitte—. ¡Quiero ver al matrimonio Yedorev! ¡Por favor, esas son mis órdenes, señor, por favor...!

—Camine hacia la casa.

—Sí... Sí, señor...

El otro estaba esperando en el porche, también pistola en mano. Los dos sonreían irónicamente, burlonamente. Pero la espía pareció no reparar en ello.

Entró en la casa, directa hacia el *living*, cuyo ventanal dejaba vez la luz en el exterior. Las cortinas, empero, estaban echadas.

Se detuvo en la puerta, mirando sobresaltada a todos lados. Un suave empujón la envió al centro del *living*. Se volvió, mordiéndose los labios, crispado el rostro.

—No... no veo aquí a... a los Yedorev...

—Tampoco hemos visto nosotros el dinero, todavía.

—Está aquí, en el... en el portafolios. Si quieren verlo... ¡Pero no les entregaré el portafolios hasta que me entreguen a los rusos y el rayo «Hidro»!

—Todo llegará. Es una buena idea esa de enseñarnos el dinero. Abra el portafolios, muy despacito..., y sin meter las manos dentro para nada. Un momento, gatita, un momento.

El hombre se acercó y pasó las manos por el cuerpo de Brigitte, sonriendo cínicamente.

—¿Nada? —preguntó el otro.

—Nada. No lleva armas, es cierto. Muy bien, gatita. —Se apartó un par de pasos y la apuntó al pecho—. Abra ya ese portafolios.

Brigitte obedeció. Separó los bordes, inclinó la cartera y mostró el contenido a los dos hombres, cuyos ojos brillaron fugazmente, con intensidad de codicia.

—¿Lo... lo están viendo...?

—Desde luego. ¿Ha venido realmente sola?

—Claro. Ya ha visto que en el coche no había nadie más que yo.

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos asintió con la cabeza poco menos que imperceptiblemente, y el otro sacó una pequeña radio de bolsillo, que accionó en el acto, buscando contacto.

—¿Warren? —inquirió.

—Adelante, Borman.

—La señorita Montfort ha venido con el dinero, en efecto. Y parece que no hay nadie más por los alrededores. Sin embargo, como esto no es normal, debemos pensar que están estrechando el cerco...

—Desde luego. ¿Acaso habéis visto algo Lorne y tú?

—No, no... Pero no es lógico que la CIA envíe a una agente con tres millones de dólares sin proteger debidamente ese dinero.

—Ella no es agente de la CIA, de un modo exacto. Parece muy asustada, pero nunca se sabe. ¿Estáis preparados?

—Claro.

—Pues venid a buscarnos. Digamos... dentro de diez minutos. Si están los de la CIA afuera, conviene que se acomoden a la idea de esperar, que consideren que se está realizando el canje, y que todo está en calma. Tened cuidado y buscad la sorpresa. Es fundamental.

—Tranquilo, Borman. ¿Está Andrew contigo, supongo?

—Sí, sí... Todo va bien aquí. Os estamos esperando.

—Vale. Hasta ahora.

Borman se guardó la radio y se quedó mirando con una extraña sonrisa amable a la bella espía.

—Tendremos que esperar, gatita —musitó—. Pero solo diez minutos... Es una lástima que tengamos tan poco tiempo.

Adelantó hacia ella, pero Brigitte retrocedió, desorbitados los ojos.

—¿Dónde... dónde están los Yedorev?

—Los traerán ahora, en un helicóptero. Sí. Eso es: los traerán en

un helicóptero...

—No se acerque... ¡No se acerque!

—¿Por qué no la dejas en paz? —Gruñó Andrew—. No es momento para esas cosas, Borman.

—Oye, mira, tú haz lo que quieras, pero a mí me gustará distraerme estos diez minutos... Toma, cuenta el dinero, mientras yo le doy unos besos a la gatita.

Le quitó el portafolios a Brigitte, de un manotazo, y lo tiró a las manos de Andrew, que lo cogió al vuelo, frunció el ceño, y optó por sentarse en un sillón, con la cartera sobre las rodillas. Mientras tanto, Borman, que había guardado la pistola, asió a Brigitte por la cintura y la atrajo rudamente acercando su boca a la de ella.

—Eres la más linda gatita que jamás vieron mis ojos. Pórtate bien conmigo, y así no tendré que lastimarte. ¿De acuerdo?

—Usted... no tiene derecho a...

—Oh, vamos, solo te estoy pidiendo unos besitos... Sería diferente si dispusiéramos de más tiempo, pero así, con solo diez minutos, pues...

Lanzó un zarpazo, que desgarró el vestido de Brigitte por el escote. Ella se encogió, tratando de ocultar el desperfecto con el abrigo. Borman se echó a reír... Pero de pronto dejó de hacerlo, y se quedó contemplando fijamente y seriamente aquellos hermosos, tiernos, turgentes labios femeninos.

—La más hermosa —susurró roncamente—. Dame un beso...

Su boca cayó con fuerza sobre la de Brigitte, ahogando el grito que ella se disponía a lanzar, según pareció.

Sentado en el sillón, Andrew movió la cabeza desaprobativamente, pero sonriendo. Bien, allá cada cual. Era mucho más bonito ver tres millones de dólares, al menos según su punto de vista. Así que abrió el portafolios...

Algo estalló ante sus ojos, en una espesa nube de humo blancuzco. Se sobresaltó tanto, que el salto que dio casi ocasionó la caída del sillón hacia atrás. Efectuó un brusco movimiento de balanceo, cayendo hacia delante, tosiendo, llenos de lágrimas los ojos...

Borman se había sobresaltado al oír la sorda explosión de los gases. Dejó de besar a Brigitte y volvió la cabeza. En la fracción de segundo que tardó en comprender el truco, Brigitte Montfort, alias

Baby, ya había alzado una rodilla, duramente, acertándole de lleno en una ingle. Borman lanzó un alarido, la soltó, encogiéndose, y al mismo tiempo llevaba la mano al sobaco, en busca de la pistola que no debió guardar..., y que ya no pudo recuperar. Recibió un tremendo hachazo en la cabeza, que lo hizo caer de rodillas pero conservando aún la suficiente lucidez para insistir en sacar la pistola. Entonces, la aguda punta de uno de los zapatitos de Brigitte se clavó brutalmente en su estómago, y Borman se vino de bruces, gimiendo entrecortadamente, lívido el rostro. Se estaba agitando débilmente, de modo que Brigitte terminó su «actuación» con un seco golpe en la nuca, que fue definitivo. Borman quedó desvanecido en el piso, boca abajo.

Andrew continuaba tosiendo, cada vez más fuertemente, tan congestionado que parecía a punto de estallar. El gas se había evaporado ya rápidamente, pero Andrew tenía buena parte en sus pulmones, y la sensación no era agradable.

Brigitte decidió evitarle tantas molestias y sufrimientos. Le quitó la pistola a Borman, se acercó a Andrew y le golpeó en la nuca, derribándolo fulminado.

Okay.

Asunto arreglado.

Miró su relojito, frunció el ceño y se dirigió al interruptor de la luz, que accionó una sola vez, apagando la luz y volviéndola a encender. Luego, se acercó a Andrew, y lo arrastró de una mano, hasta dejarlo junto a Borman. También le quitó la pistola a Andrew, y la tiró sobre un sillón. Luego, entró en un dormitorio, y salió arrastrando y rasgando una sábana, en anchas tiras. Fue hacia la puerta, la abrió, quitando únicamente el pestillo, y regresó al *living*, mirando continuamente su relojito.

Apenas diez segundos más tarde, oía los pasos precipitados en el pasillo cortísimo que unía el *living* y el vestíbulo, pero ni siquiera miró hacia las pistolas con silenciador. Frank Minello apareció pistola en mano, expresión ansiosa..., que se calmó inmediatamente al ver a Brigitte sentada en un sillón, con una sábana en las manos.

—Hola —sonrió—. ¿Estás preparando tu ajuar de novia? Brigitte le tiró media sábana, sonriendo.

—Haz tiras, y ata con ellas a ese. Yo ataré al otro. Tenemos solamente cuatro minutos, Frankie.

—¿Cómo han ido las cosas?

—Normal. Querían jugar sucio conmigo.

—Pobrecillos... ¿No es deliciosa la inocencia de algunos espías?
¿Por qué tenemos solamente cuatro minutos?

—Porque va a llegar un helicóptero con otros dos hombres, que son los encargados de recoger a estos y el dinero.

—Oh... Habrá que darles una entusiasta bienvenida. ¿Puedo intervenir esta vez? Hace tiempo que no le rompo la cara a nadie.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Quizá tengas ocasión, Frankie. Asegúrate de que no podrá soltarse en mucho tiempo.

—Ni en mil años se suelta este. ¿Voy a buscar flores al jardín?

—¿Flores? ¿Para qué?

—Para obsequiar a los del helicóptero, mujer...

—Si tienes tiempo, recoge flores —sonrió secamente la espía—. Pero procura no hacer demasiadas tonterías cuando ellos lleguen.

Minello encogió los hombros.

—¡Bah! Su suerte está echada... Me gustaría conocer a alguien capaz de vencerte, maldita sea.

—Hay algunos. Pero he tenido el buen sentido de convertirlos en amigos míos... Acabemos esto. Quedan solamente dos minutos...

Acabaron de atar sólidamente a Borman y Andrew con las tiras de las sábanas, y los pies con sus corbatas. Brigitte le hizo señas a Minello, y le tiró a las manos la pistola de Andrew, quedándose ella con la de Borman.

—Si es necesario, usa esta, Frank, no la tuya. Vamos afuera.

—Sí, mi reina... ¿Apago la luz?

—¡Claro que no! ¡Vamos, de prisa, me parece que ya oigo el helicóptero! ¡Estará aquí en pocos segundos!

* * *

El helicóptero se posó sobre la hierba, a unas cincuenta yardas de la casa, aprovechando un pequeño claro. Warren miró su reloj, y aprobó con un gesto.

—Diez minutos exactos. Saldremos de aquí en treinta segundos, Lorne.

Este miraba hacia la casa con el ceño fruncido.

—Eso será si Borman y Andrew vienen... Han debido de oír el helicóptero, y tendrían que estar ya aquí, esperándonos. Ve a darles prisa. Si los de la CIA están cerca, ya estarán corriendo como lobos hacia aquí.

—Allá voy.

Warren saltó del aparato, inclinándose instintivamente bajo la gran hélice, que de todos modos no habría alcanzado su cabeza. Notó la presión en los hombros, en el pecho, pero todavía tardó un segundo en comprender que había caído en unos brazos poco cariñosos.

—Bien venido, aviador —oyó.

—¡Lorne! —gritó—. ¡Es una...!

Tuvo la impresión de que era el helicóptero el que se acercaba a él... Cuando su cara chocó fortísimamente contra el fuselaje, todavía no había comprendido la verdad. Pero Minello, sujetándolo fuertemente, sí la estaba comprendiendo muy bien. Volvió a golpearlo de cara contra el aparato, lo soltó de pronto, dejándolo tambaleante ante él, de espaldas. Le hizo dar la vuelta, le hundió, el puño derecho en el estómago y le cruzó la barbilla con un corto que lo tiró de nuevo contra el fuselaje.

Warren rebotó, cayendo al suelo como un guiñapo. Minello no sentía la menor preocupación respecto al otro ocupante del helicóptero, de modo que se acuclilló junto a Warren, sacó unas florecillas del bolsillo y se las puso en la boca, introduciendo en ella los tallos.

—Has quedado precioso. Veamos qué está haciendo Brigitte...

Lorne había saltado por el otro lado del helicóptero, ya pistola en mano, y había corrido hacia la cola del aparato, inclinado. Por encima de él rugía la gran hélice, y la fuerza con que desplazaba el aire agitaba los cabellos de la mujer que apareció a su derecha, tranquilamente. Lorne se desconcertó tanto que estuvo a punto de perder el paso y caer.

Pero enseguida comprendió que su vida dependía de su rapidez de acción, de modo que desvió la pistola hacia la mujer...

Plop.

Notó el suave golpecito en el pecho, giró, cayó de rodillas, y luego de bruces.

Frank Minello apareció por la cola del aparato, pistola en mano.

—¿Brigitte?

—Estoy bien, Frankie.

—Vaya noticia sorprendente —farfulló Minello—. ¿Qué hacemos con ellos? El mío está vivo.

—Llévalo a la casa, átaló como a los demás, y luego mete a los cuatro en mi coche. Procura no mancharlo.

Frank Minello se estremeció, pero procurando que ella no se diese cuenta..., lo cual no consiguió. Brigitte se alejó hacia la casa, tras detener los motores del helicóptero, que quedó silencioso en las sombras.

Por el camino, adelantó a Minello, que arrastraba de un pie a Warren y de otro a Lorne.

—Creo que me quedará con uno de ellos, Frankie. Los demás, bien empaquetados y al coche.

—¿Qué piensas hacer?

—Pues... Voy a enseñar un poco mis uñas... de gatita.

Capítulo VIII

Borman se agitó desesperadamente, soñando que se ahogaba en un profundo mar tenebroso. Quiso nadar, pero no podía. Quiso subir a la superficie fuese como fuese, pero se notaba flotando en suspensión entre dos aguas, como anclado para siempre allí... Otra gigantesca ola de agua le obligó a lanzar un grito de espanto. Algo pareció estallar en su cabeza, llenándola de luz. Abrió los ojos, escupió el agua que Minello le había echado en segunda ración al rostro, y... se quedó mirando aturdido, desorientado, a la bella muchacha, que se había quitado el abrigo y mostraba el desgarrón de su vestido, sujeto ahora por algunos alfileres...

—Hola —sonrió ella—. ¿Qué tal..., gatito?

Por supuesto, Borman se recuperó velozmente de su pesadilla en la que se ahogaba. Pero se encontró en una situación que no le pareció mucho mejor. Algo había cambiado en los ojos de aquella muchacha. Sonreía, desde luego, pero...

—¿Se ha quedado mudo mi gatito? —canturreó cariñosamente la muchacha—. Quizás es que está tan contento de ver a su gatita que no sabe ni qué decir... ¿Verdad que es eso, gatito mío?

Borman se pasó la lengua por los labios, porque a pesar del agua que todavía resbalaba por ellos, le parecía tenerlos secos, como si fuesen de piedra, o de madera. Estaba con las manos atadas a la espalda, sentado en un sillón. Sus pies estaban también atados, con su propia corbata.

Junto a la bella muchacha había un tipo que lo sobresaltó. Casi ocho pulgadas más alto que él, con unos hombros que parecían querer llegar de pared a pared, y unas manos enormes que parecían capaces de romperle el cuello a un elefante. Tenía un rostro agradable y simpático, pero lo miraba de un modo que le hizo sentir un vacío enorme en el estómago.

En cambio, la muchacha mostraba un gesto menos amenazador,

en apariencia: más amable, más condescendiente. Y hasta conseguía que su voz pareciese cariñosa, a pesar de aquella congelación que parecía haberse producido en sus ojos.

—Déjame que le arranque la cabeza, ya que no quiere hablar —dijo el gigante—. La haré disecar, y la colocaré junto a mis otros trofeos de caza.

—No seas tan rudo, Frankie, querido. El señor Borman, estoy segura, contestará unas cuantas inocentes preguntas... ¿Verdad que sí, gatito de mis amores?

—¿Dónde... dónde está Andrew? —musitó Borman.

—Durmiendo la siesta. Igual que los otros —dijo Minello—. La verdad es que uno está más muerto que la perdiz que me comí el otro día. Pero aún quedan dos vivos. Es decir, que tenemos material para ir trabajando... gatito.

Y Minello se echó a reír. De pronto, pareció acordarse de algo. Sacó unas florecillas del bolsillo del abrigo y las puso en una oreja de Borman, con ademanes exquisitos, de artista sensible.

—Y pobre de ti que se te caigan, porque entonces yo creería que las orejas no te sirven de nada, y te las cortaría... ¿Puedo ya romperle una pierna, querida?

—No, no, Frankie... Vamos a concederle alguna oportunidad a mi gatito. Veamos, Borman: ¿quién es «Delfín», dónde está en estos momentos y qué ha hecho con los Yedorev?

Borman apretó los labios, y eso fue todo.

—Bien —musitó Brigitte—. Comprendo su actitud, porque yo misma me he comportado igual en algunas ocasiones. Sin embargo, preferiría que colaborase conmigo... a las buenas. ¿Adónde tenían que llevar el dinero, quién es «Delfín», dónde está, dónde están los Yedorev y su rayo «Hidro»?

Borman persistió en su actitud, silencioso. Brigitte alzó las cejas, como sorprendida y apenada a la vez. De sobre la mesita tomó su bolsito, y de este el paquete de cigarrillos. Encendió uno, dio un par de fumadas, y luego se dirigió hacia la ventana, musitando:

—No quiero verlo. La última vez, Frankie, le arrancaste el brazo al tipo aquel... No. No quiero verlo. Pero tú empieza.

Borman abrió mucho los ojos, desvió la mirada hacia Minello, y recibió justo entonces un puñetazo tal en plena nariz, que le pareció que esta se hundía en el rostro, que estallaba, que su cabeza se

partía en mil pedazos...

* * *

Lo primero que oyó al regresar al mundo de la consciencia fue la voz de la bella muchacha:

—Es usted muy flojo, Borman. Ha bastado con un solo puñetazo de Frankie para desvanecerlo... Bueno, Frankie, adelante de nuevo... Pero con más cuidado, por favor. Si a cada puñetazo tuyo se va a desvanecer, el interrogatorio resultará muy lento.

Borman volvió la cara hacia Minello, que se acercó, con un espejo, que colocó de pronto ante él.

—Vea cómo le ha quedado la narizota, Borman, de un solo golpe.

Mmm... Yo diría que está un poco torcida hacia la izquierda... ¿No te parece, Brigitte?

—Pues... Sí... Oh, sí, ahora que tú lo dices, me doy cuenta...

—Queda feo... Asimétrico.

—Muy feo, Frankie. ¿Por qué no se la arreglas?

—Si ese es el deseo de mi reina...

Frank Minello alzó el enorme puño, y Borman se echó hacia atrás cuanto pudo, espantado, aterrado, desorbitados los ojos.

—¡No! —gritó—. ¡No, no...!

—Espera, Frankie —alzó Brigitte una manita—. Parece que mi gatito quiere maullar. Oigámosle.

—¿Le rompo antes el espejo en la cabeza?

—Luego —sonrió dulcemente Baby—. Si se porta mal, luego te rogaré que lo hagas... ¿Y bien, Borman? Insisto: ¿quién es «Delfín»?

¿Cuál es su verdadero nombre y dónde puedo encontrarlo?

—Se... se llama Alexander Cosia... Está en un camión...

—Oh... ¿Un camión grande? ¿Aquel en el cual llegaron a Bridgeport y en el que se llevaron a los Yedorev y el rayo «Hidro»?

—Sí... ¡Sí!

Brigitte se acarició la barbilla, fruncido el ceño.

—Alexander Cosia... No me dice nada ese nombre. Pero tampoco me extraña, si es un espía particular... ¿Están los Yedorev prisioneros en el camión, Borman?

—Sí...

—Bien. ¿Y dónde está el camión?

—No... no lo sé... Siempre va... de un lado a otro...

—Por supuesto. Ese es el truco. Sin embargo, gatito, está bien claro que usted y sus amigos saben muy bien dónde está ahora, dónde los está esperando. De lo contrario... ¿cómo podrían haberle llevado a su jefe los tres millones de dólares?

—Ellos... ellos nos habrían recogido, con el camión...

Brigitte reflexionó unos segundos, risueña, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No lo creo. De ninguna manera. Lo cierto es que los están esperando a ustedes en algún lugar, los recogerán en ese lugar, donde podrán deshacerse del helicóptero, o dejárselo a alguien, y se irán bien lejos de Nueva York con el camión. Oh, vamos, Borman, antes le mentí: no soy ninguna gatita ingenua, sino una tigresa. A cualquiera de ustedes podría yo haberles enseñado la asignatura de espionaje cuando solo tenía dieciocho años. Ahora, conteste: ¿dónde les están esperando a los cuatro?

Borman dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Una milla al norte de New Rochelle. Hay un pequeño camino a la izquierda..., más bien una explanada... El camión está esperando allá.

—Eso queda delante mismo de aquí —dijo Minello, mirando a Brigitte—. Al otro lado de Long Island Sound... Han debido de venir directamente, cruzando el estrecho... Con el helicóptero podemos estar allá en menos de diez minutos.

—Sí —musitó Brigitte—. Pero las cosas no son tan fáciles, Frankie. Si fuésemos en coche, tendríamos que llegar ahora a Queens, y de allí, por el puente de peaje, cruzar el Bronx, y tomar enseguida la carretera Veintidós... Eso nos llevaría no menos de una hora. Es demasiado tiempo.

—Pero si podemos ir en el helicóptero...

—No. Te digo que las cosas no son tan fáciles. Ellos deben de estar ya impacientes, y habrán llamado por la radio al helicóptero, sin recibir respuesta. Entre las muchas cosas que pueden pasar, es que la radio se ha estropeado. Eso podría justificar una avería mecánica del aparato, también... No creo que se marchen por un retraso de una hora... Son tres millones de dólares.

—¿Qué estás tramando?

—Tú irás en el helicóptero. Y no contestarás absolutamente ninguna llamada de radio que recibas.

—Está bien. Pero... ¿y tú?

—Yo iré en el coche.

—No me gusta —gruñó Minello.

—¿Por qué?

—Porque en los helicópteros he observado que se ven estupendamente las piernas del vecino de asiento. O sea, que deberías venir conmigo.

—Otro día... Oh, Frankie, parece que estás mejor de tu resfriado, ¿no es cierto?

—Afortunadamente. Pero no me lo recuerdes. ¿Qué hacemos con este pajarraco?

—Todavía tiene algo que decirnos... ¿No es cierto, Borman?

—Yo... No, no... No sé...

—Sí sabe. ¿Cuál es la contraseña que el helicóptero debe dar con la luz roja antes de tomar tierra?

Borman se quedó mirando sobresaltado de puro asombro a la espía, que le dedicó una amable sonrisa no poco engañosa.

—En morse —musitó Borman—. Debe dar las señales en morse...

—¿Qué señales?

—La palabra «delfín».

Brigitte asintió con la cabeza y lo señaló.

—Llévalo al coche, Frankie, con los otros. —Recogió su bolsito, el portafolios con el dinero y la pistola de Borman. Este se hallaba ya cruzado sobre un hombro de Minello cuando la espía lo miró fijamente—. Lo van a recoger unos amigos míos, Barman, de modo que quedará a buen recaudo. En el supuesto de que la palabra clave no sea «delfín», mi amigo Frankie lo pasaría bastante mal, desde luego. En tal caso, usted y yo volveríamos a tener una entrevista. ¿Lo entiende?

Borman se estremeció como nunca en su vida. Notó un ramalazo de frío que recorrió su cuerpo y erizó sus cabellos, contemplando la increíble frialdad de aquellos hermosos ojos azules, el pliegue de la dulce boquita sonrosada...

—¿Es «delfín» la palabra clave, Borman?

—Le... le juro que sí...

—Llévatelo, Frankie.

Segundos después, Borman era arrojado al interior del coche de Brigitte. Vio a Lorne, cuidadosamente colocado en el piso del coche, sobre Warren y Andrew, de modo que la sangre que había en su pecho no podía manchar más que a ellos dos, que estaban atados de pies y manos, igual que él, de cara al techo del vehículo. Los dos se habían recuperado ya, pero no dijeron nada. Barman tampoco tenía ganas de hablar. Miró hacia donde estaban la «gatita» y el tipo que le había roto la nariz y media cara de un solo puñetazo, fuera del coche, charlando animadamente. No pudo oír nada.

De pronto, el tipo alto abrazó a la muchacha, por sorpresa, y le dio un beso en la boca. Ella lo empujó, apartándose de él, que se dirigió hacia el helicóptero. Ella entró en el coche, sonriendo. Echó un vistazo atrás, y su sonrisa se ensanchó. Borman, que era el único que estaba sentado normalmente en el asiento, la vio apretar un botón del *tablier*... y un grueso cristal salió por detrás del asiento delantero, separando a la muchacha de los tres prisioneros y el cadáver.

El auto se puso en marcha.

Y Borman comprendió muy pronto que se dirigían hacia Queens, en su parte alta, cuando el coche subió hacia Norwich. Luego, efectivamente, tomó la Veinticinco A, camino directo para cruzar luego por el puente de peaje a Bronx. De la salida del puente a New Rochelle, apenas habría siete u ocho millas...

La muchacha llamada Montfort había sacado una radio de bolsillo, y estaba hablando por ella. La guardó, y continuó conduciendo a dos manos, tranquilamente. Pasaron rozando Manhasset antes de diez minutos. Y media milla después, el coche se detuvo tras haberse apartado ligeramente de la carretera. Y precisamente allí mismo había otro coche, más pequeño, del cual se apeó un hombre, que se dirigió hacia allí. La señorita Montfort también se apeó. Se encontraron a mitad de camino, y cambiaron un saludo ligerísimo, de gesto simpático... La señorita Montfort llegó al otro coche, entró en él, y se alejó de allí inmediatamente. El hombre llegó al que contenía a los prisioneros, y les echó un vistazo.

Parecía divertido, y los miraba como si los considerase un poco tontos. Encogió los anchos hombros, como quien expresa así que los

acontecimientos no le sorprenden en absoluto, que todo se desliza por sus cauces normales. Luego, se puso al volante y lanzó el coche en pos del otro, del que conducía la muchacha. Lo alcanzó pronto, le pidió paso con un cambio de luces, y cuando estuvo a su altura tocó ligerísimamente el claxon.

Borman vio claramente a la señorita Montfort mirar hacia el auto, sonreír y tirar un beso al hombre. Luego, este, riendo, apretó la marcha del potente vehículo, dejando pronto atrás a la bella muchacha de los ojos azules, que no era una gatita, sino... una tigresa.

Capítulo IX

Detuvo el coche a tres cuartos de milla una vez pasada New Rochelle. Le quedaba todavía un cuarto de milla por recorrer, pero las normas de belleza, tanto masculina como femenina aseguran que caminar es conveniente, bello y saludable. Un cuarto de milla, pues, no era gran cosa, si se tenía en cuenta que, además de todos esos beneficios de belleza, se contaba con los de la salud. La salud es importante. Sobre todo para una espía que sabe que no depende solo de los bronquios, la presión sanguínea o el buen funcionamiento del estómago, sino de recibir o no recibir una andanada de balas en pleno estómago.

O en el corazón.

Casi da lo mismo. La única diferencia consiste en que unas cuantas balas en el corazón lo llevan a uno al otro mundo sin darse cuenta, y unas cuantas balas en el estómago causan, en muchas ocasiones, una lenta y larguísima agonía.

De modo, pues, que había que caminar un cuarto de milla, tras dejar el coche a un lado de la carretera. No podía dejar, sin embargo, su pistola, y la de Borman. Dos pistolas, mejor que una. Una ametralladora, mejor que dos pistolas. Pero como dicen que a falta de dientes sanos una buena dentadura postiza sirve para comer, la espía internacional se sintió satisfecha con las dos pistolas.

Recorrió la distancia en cuatro minutos, aproximadamente. Quizás algo más, porque las últimas yardas caminó con todas las precauciones posibles, y, además, fuera de la carretera, internándose ya en el descampado.

Un camión es un vehículo generalmente grande, muy potente, de gran capacidad de transporte. Pero, sobre todo, suele ser grande... Tan grande, que Brigitte lo divisó muy pronto, atisbando por entre unas matas húmedas de niebla.

Efectivamente, era grande. Enorme, más bien. No se podía dudar de que en su interior podía vivirse con bastante comodidad. Un escondite muy conveniente, y, desde luego, difícil de localizar. Un cubil de espías móvil, que podía desconcertar a cualquiera.

En la trasera de la gran caja del vehículo había dos grandes puertas, que se hallaban abiertas en aquel momento. El hombre sentado allí apenas se distinguía, pero sí se veía bien la brasa de su cigarrillo: cada vez que daba una chupada fuerte, ávida. Fuera del camión, y bastante cerca de este hombre, había dos más, en pie, conversando muy tranquilos, en voz baja, contenida. Por la cercana carretera pasaban con frecuencia otros vehículos, lanzando sus haces de luz hacia el descampado, al tomar la curva.

Brigitte consultó su relojito, de números luminosos. Si todo iba bien, Frankie no tardaría en aparecer, pilotando el helicóptero. Su parte en el juego era bastante fácil y carente de riesgos. Debía llegar, hacer la señal con la luz roja de situación, descender, volver a elevarse ligeramente, descender de nuevo, elevarse otra vez... Esto llamaría la atención de los ocupantes del camión, que correrían hacia el aparato, convencidos de que alguna avería le obligaba a efectuar aquellas extrañas maniobras. Una avería que, anteriormente, habría sido, qué duda cabía, la causante de la pérdida de contacto con la radio, y del retraso...

Los que estaban junto al camión, igual que el que fumaba sentado en el borde, no se movían apenas. La espera comenzó a molestar a Brigitte, pero, ciertamente, la culpa era solo de ella, ya que había calculado que tardaría más en llegar allí. Por su parte, Frank Minello estaba portándose bien. Y si acababa bien su papel en la comedia, tenía que aparecer en el cielo dentro de un minuto. Sesenta segundos. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho. Cincuenta y...

Cuando llegaba a la cuenta inversa de uno, el helicóptero se dejó oír. Los hombres que estaban esperando junto al camión alzaron la cabeza. Uno de ellos señaló hacia el cielo. Cierto: allá se veía, con sus luces reglamentarias, el helicóptero. La luz roja estaba parpadeando, mientras el aparato permanecía suspendido en el aire...

—D-e-l-f... ¡Bien, Frankie!

Los hombres del camión corrían ya hacia donde el aparato

parecía tener dificultades en tomar tierra. En unos pocos segundos, el camión quedó abandonado, con sus puertas traseras abiertas. Abandonado con tal descuido, tan a la ligera, que la espía internacional se preguntó si sería cierto que allá dentro estaban los Yedorev. El plan era saltar al volante del camión, ponerlo en marcha y alejarse de allí llevándose a los rusos. Inmediatamente, Frank Minello emprendería el vuelo hacia lo alto, dejando con un palmo de narices a los hombres que esperaban el helicóptero.

Pero, antes de llevarse el camión, Brigitte, desconfiada por experiencia en la profesión, decidió echar un vistazo al interior. Llegó allá deslizándose silenciosamente, cuando los demás estaban ya cerca del helicóptero, impacientes, agitando los brazos...

Fue facilísimo subir a la caja del camión, que era enorme...

—¡Yedorev! —musitó—. ¡Konstantin Yedorev!

Oyó un rumor, al fondo. Era el sonido inconfundible de alguien que intenta hablar estando amordazado. La diminuta linterna de la espía, contenida en un bolígrafo de oro, lanzó el fino rayo de luz hacia el interior más profundo del enorme camión. Unas barbas, un rostro de hombre... Se acercó más, y el círculo de luz se agrandó. Tanto, que pudo ver a Konstantin Yedorev, sentado en el suelo, las manos atadas a la espalda... Junto a él, igualmente amordazada, estaba Raissa Yedorev, muy abiertos los ojos en una expresión asustada.

—Nos vamos enseguida —musitó la espía—. De momento, están bien así. Ya los desataré cuando...

Su finísimo oído captó un rumor a su espalda. Casi al mismo tiempo, la claridad lunar del exterior se ensombrecía gradualmente. Oyó el rechinar de algo...

Se volvió velozmente, apuntando la pistola hacia la salida de la caja del camión, y lanzó una exclamación cuando vio que las puertas se estaban cerrando... Disparó sin alzar la pistola, a media altura. Esto es, que en el exterior la bala surcaría el aire a la altura aproximada de la cabeza de un hombre... Pero, justo entonces, las dos grandes puertas se cerraban. La bala dio en la juntura, y rebotó con vibrante sonido metálico. Dio en el suelo, luego en el techo, de nuevo en el suelo..., y, afortunadamente, fue a morir a un rincón, sin herir a la espía o a los rusos.

Brigitte saltó hacia la puerta y la empujó frenéticamente. Pero

era tan sólida como una muralla de granito con bloques de diez pies de espesor. La luz de la linterna iluminó aquella parte. Vio los remaches de hierro, la chapa de acero... Todo el interior del camión estaba revestido de fina chapa de acero, que creaba un recinto inexpugnable, hermético.

Era inútil y absurdo intentar abrir aquellas dos puertas solidísimas. Brigitte se volvió hacia los rusos; los iluminó con la fina raya de luz, y se acercó a ellos.

—Lo lamento —musitó—. Me temo que no soy la espía más inteligente del mundo. De todos modos, les quitaré las mordazas, para...

Se calló de pronto. Su naricilla se arrugó... Aparte de oír el fino siseo dentro del camión, el inconfundible olor a gas llegó hasta ella... Pero no era gas mortal, afortunadamente. El irritante olor fue aumentando en intensidad, a toda prisa. La agente Baby empezó a notar muy pronto los primeros síntomas de sueño, de desvanecimiento. Se encontró de pronto pegada de bruces a una de las paredes del hermético escondrijo, respirando con dificultad... Había perdido la pistola y la linterna.

Cayó de rodillas, resistiéndose a dejarse vencer por el sueño de gas. Se arrastró, y una de sus manos tocó otra, femenina, suave... Raissa Yedorev.

—Lo... lo siento de... de veras... Que... quería... quería...

Notó como un estallido blando en el interior de su cabeza. Le pareció ver luces de colores, estrellas, rayos de luz blanquísima...

Pero, en definitiva, esto no era más que la entrada al mundo de la inconsciencia. Todo quedó negro, de pronto...

* * *

Notaba frío.

Y una negrura infinita a su alrededor. Todo era negro. De un negro espeso, terrible, sobrecogedor. Pero, sobre todo, notaba el frío. Se movió, y oyó un chapoteo de agua... De agua. Tardó todavía algunos segundos en darse cuenta de que estaba en un... en un charco, según parecía. El agua debía de tener un nivel aproximado de cinco pulgadas.

Se sentó bruscamente, salpicando agua a todas partes. Estaba en

un sitio que se movía lentamente, en un extraño balanceo lentísimo, como acolchado. Era como... como una barca meciéndose sobre olas pacíficas, tranquilas.

Sí: aquel era exactamente el movimiento que notaba.

Se puso en pie, y se convenció en el acto de que su teoría era cierta. Debía de estar en una lancha, o en un yate. Pero si así era, el yate se estaba hundiendo. Oía con toda claridad el gorgoteo que produce el agua al entrar en un lugar cerrado, en regulares borbotones un tanto dificultosos.

Caminó con las manos tendidas hacia delante, conservando el equilibrio con dificultad. Sus manos tocaron algo frío. Y remaches... Remaches de hierro. ¿Estaba todavía en el camión, quizá? Notó en el rostro el contacto del agua... Caía por encima de ella, desde algún punto. Era... ¡Ya lo tenía! ¡Era igual que cuando se hunde una botella en el agua, para llenarla rápidamente! Blup-blupblup-blup-blup... Y el agua iba cayendo sobre su rostro. Se inclinó, hundió la mano en ella, y supo que el nivel había subido no menos de una pulgada. Ya no se notaba el balanceo, tras un sordo golpe que había estabilizado el lugar donde se encontraba.

Quiso dirigirse hacia otro punto, siempre con las manos por delante. Sus pies tropezaron con algo, y le costó un gran esfuerzo mantener el equilibrio. Se inclinó, tocó aquella cosa, y comprendió inmediatamente que era un hombre. Sus manos fueron hacia el rostro de aquel hombre... Tocarón la nariz, la barbilla, la boca, la frente...

Se estremeció.

—Frankie... ¡Frankie! —llamó.

Era Frank Minello, estaba segura de ello. Lo asió por las solapas y lo incorporó. Chapoteando, lo arrastró hasta que notó que la espalda de él se apoyaba en aquella plancha de acero con remaches. Puso una manita en una carótida y suspiró al notar el latido...

—Frankie... —A tientas, su mano golpeó suavemente las mejillas de su amigo—. ¡Frankie, despierta, estamos en apuros!

El cuerpo del hombre se movió. Hubo una crispación. Luego, tras un breve silencio tenso, se oyó, muy fuerte:

—¡Aaatchíiissss...!

—Salud —sonrió la espía.

—Maldita sea, ya me he vuelto a resfriar... ¿Eres tú, Brigitte?

—Sí, Frankie.

—*Okay*... ¿Qué tal si enciendes la luz?

—No hay luz, Frankie. ¿Estás bien?

—Muy bien... ¡Atchííss! Perfectamente, vamos. ¿Estamos solos?

—Sí.

—¿Y no hay luz?

—No...

—¡Bien! ¡Esta es mi ocasión de...!

Sus manos se deslizaron por el cuerpo de Brigitte, pero ella las sujetó amablemente.

—Frankie, ¿qué pasó? ¿Cómo estás tú aquí? ¡Te dije que no debías tomar tierra, sino subir y bajar, tenerlos pendientes de ti...! ¿Qué pasó?

—¿Ni siquiera un beso de despedida?

—Frankie, por favor...

—Me dispararon. Creo que descendí demasiado, y la bala me dio en la frente... Un rasponazo... Cuando me di cuenta, estaba en el suelo, y tenía al lado el helicóptero, hecho un asco, arrugado... Había allí tres hombres. Luego... luego llegó otro, y dijo que iría a registrar tu coche... Volvió poco después, con el portafolios... Luego, me dieron un trastazo... Y eso es todo lo que sé.

—Ha sido una trampa... Una trampa muy bien preparada... Simularon que estaban esperando ansiosamente el helicóptero, que abandonaban el camión para correr hacia allí... Pero uno se quedó, me encerró en el camión, me tiraron los gases... Y también te atraparon a ti... Ha sido una trampa, Frankie.

—¡Esa cochino de Borman...!

—No... No ha sido él, Frankie, no... Estaba demasiado asustado, lo sé bien... Sé distinguir estas cosas... Borman nos dijo la verdad, estoy segura... ¡Segurísima! No fue él, no... Fue alguien... que nos estaba vigilando, alguien que lo sabía todo, que nos vio en la casa llamada «Quinton Village»... Llamó por una radio de bolsillo a los del camión, les dio instrucciones...

—Eso es demasiado fantástico... ¿Dónde estamos, Brigitte?

—Dentro del camión..., pero solos. Ellos lo tienen todo, absolutamente todo: el dinero, a los Yedorev, el rayo «Hidro»... ¡Todo!

—Pues nos hemos lucido. Oye... ¿tú no notas un poco de humedad?

—El camión se está llenando de agua... Y este silencio tan denso, tan completo... El vaivén parecido al de una embarcación, ese suave golpe final... ¡Frankie, estamos en el fondo del mar!

—Maldita sea... ¡Otra vez me olvidé el *slip*! ¿Estás segura de que estamos solos aquí dentro?

—Creo que sí... Pero registra... ¡Muévete sin dejar de tocar la pared, Frankie!

—Está bien.

Se levantaron los dos, formando un suave rumor de chapoteo. El agua había subido ya un par de pulgadas más, y continuaba oyéndose el blup-blup-blup-blup que indicaba la continua entrada del líquido... Brigitte se deslizó por aquella pared metálica, tanteando con las manos y deslizando los pies hacia el interior del recinto. Pared en ángulo recto. Luego, otra... Y, de pronto, el choque con un cuerpo...

—¡Brigitte! —gritó Minello—. ¡Hay alguien más aquí dentro...!

—¿Quieres hacer el favor de soltarme, manazas?

—Ah... ¡Oh! Zambomba, eres tú... ¡Eres tú! ¡Entonces, no te suelto! Esta es mi... ¡jatchísss!... ocasión.

—Estamos solos aquí dentro. Se han llevado a los Yedorev, y es claro que ahora querrán venderlos a Rusia, por una cantidad parecida a la que nos han robado a nosotros... Y venderán el rayo «Hidro»... Frankie, entiéndelo: han tirado el camión al mar, y se está llenando de agua... Escucha... Escucha atentamente...

En el denso silencio se oía claramente el sonido del agua entrando por alguna rendija o agujero, y su gotear en la que ya iba llenando el interior del camión.

—Debe de ser una nueva modalidad de baño —comentó Minello, tensa la voz.

—Es agua salada... Estamos en el mar, Frankie. Hundidos cualquiera sabe a qué profundidad. Este silencio completo, el agua que va entrando... ¿Tú ves algo?

—El resplandor de tus hermosos ojos, amor mío.

—¡Ojalá pudiesen dar luz! Tenemos que encontrar el lugar por donde entra el agua, para... —Se oyó un fuerte chapoteo—. ¡Frankie! ¿Qué estás haciendo?

—¡Me he caído de cara en el agua, como un idiota! He tropezado con algo... Parece una serpiente...

—No digas tonterías...

—Lo parece... Ven... Guíate por mi voz... Toca esto...

De pronto Brigitte se encontró en las manos aquella cosa larga, gruesa, blanda...

—Parece... una manguera muy grande...

—¡Es una serpiente de mar! —protestó Minello—. Oye... Me está cayendo el agua en la cabeza...

—¡No te muevas de ahí!

—Bueno... ¡Atchíiissss! ¿Qué... demonios estás haciendo?

Brigitte no contestó. Se había abrazado fuertemente a Frank Minello, y se encaramaba por él como si fuese un tronco. El periodista deportivo comprendió muy pronto lo que ella pretendía, y la ayudó a «escalarlo».

—¡Quita las manos de ahí!

—Mujer, te estoy ayudando...

—¡No por ahí! ¡Coge mis piernas y súbeme lo más alto que puedas!

—Bueno, las piernas tampoco están mal... ¿Así?

—Sujétame por los tobillos... Eso es...

Brigitte estaba en pie sobre los hombros de Minello. El agua le caía ahora a ella en el rostro. Alzó las manos y tocó lo que podía denominarse como techo... Encontró muy pronto la rendija por donde entraba el agua. Debía de tener una longitud de diez pulgadas, y una anchura de tres, aproximadamente. El chorro se notaba allí con más fuerza...

—Frankie, ¿por dónde te llega el agua ahora?

—Bueno... Pues por... Vaya... Digamos que por... por las caderas, vaya, qué demonios...

—¿Puedes sostenerme unos minutos más?

—Claro.

—No te muevas.

Sacó la mano por le rendija. Afuera, todo era agua. Comprendió muy pronto que aquella rendija pertenecía a una compuerta circular. Luego, tocó el alambre. Un alambre grueso, fuerte, de no menos de una décima de pulgada de grosor. Para entonces, ya había comprendido la realidad de su situación: los habían tirado al mar

con camión y todo, dejando una abertura en la compuerta del techo, que se mantenía abierta debido, al fuerte alambre. Es decir, que no se podía cerrar ni abrir. De tal modo que en pocos minutos más el agua habría llenado el interior del camión, y ellos morirían ahogados, irremisiblemente... ¿A qué profundidad debían de estar? El agua continuaba entrando, con fuerte impulso, furiosamente, empapándola, empujándola... Encontró entre sus dedos el punto donde el alambre había sido atado sobre sí mismo, formando un tirabuzón de sujeción. Intentó separarlo, pero supo muy pronto que jamás podría conseguirlo con sus finos deditos. Eran fuertes para golpear, para asir, para ejecutar presas de jiu-jitsu...

Pero jamás conseguiría destrenzar aquellos alambres de una décima de pulgada de grueso.

—Frankie, bájame.

Minello la sujetó por los muslos cuando ella se inclinó, y la depositó en el piso del camión. El agua llegaba entonces casi a los senos de la espía.

—Tenemos que esperar —dijo ella.

—Esperar... ¿qué cosa?

—La misma agua nos irá subiendo. Cuando llegues con tu mano a la rendija que te indicaré, la sacas por allí. Tocarás unos alambres retorcidos. Tienes que separarlos, Frankie. Si consigues eso, solo tendremos que esperar que este camión-cuba acabe de llenarse, abrir la compuerta y salir a la superficie. Es cuestión de resistir bajo el agua el tiempo suficiente.

—Entiendo.

El nivel del agua subió rápidamente. Doce minutos más tarde, los dos estaban flotando. Brigitte tocó el techo con la mano, y entonces cogió una de Minello y la guio hacia la abertura.

—¿Encuentras el alambre?

—Ssssí... ¡Pero es muy grueso!

—Frankie, yo jamás podría destrenzar ese alambre con mis dedos. ¡Tú sí puedes! ¡Tú tienes que conseguirlo!

—No puedo —jadeó Minello—. ¡No puedo! ¡Es demasiado duro!

—¡Sí puedes! —alentó Brigitte—. ¡Sí puedes, Frank! ¡Tienes que conseguirlo!

—Lo estoy... intentando...

El agua continuaba subiendo. Brigitte la notaba ya en la barbilla.

Y por arriba, su cabeza tocaba ya el techo del camión-cisterna. En pocos minutos ya no tendría espacio para mantener en la superficie la nariz. Se oyó de pronto un seco chasquido de metal, y el agua dejó de entrar. Silencio y oscuridad absolutos.

—Frankie... ¡Frankie!

—Creo... creo que lo he conseguido... La compuerta se ha cerrado...

—¡Pero hay que abrirla, no cerrarla...! ¡Abrirla del todo...! Yo te ayudaré. Si no estamos a demasiada profundidad, la presión no será demasiado grande, y podremos conseguirlo entre los dos... Hay un reborde aquí... Sujétate fuerte... ¿Lo notas?

—Sí —musitó débilmente Minello.

—Empujemos los dos hacia arriba, sujetándonos aquí... Una... Dos... ¡Tres!

Empujaron a la vez. Un grueso chorro de agua entró violentamente, y los habría empujado hacia el fondo de no haber estado sujetos al reborde. En menos de cinco segundos, el camión acabó de llenarse de agua. Entonces, fue fácil abrir la compuerta, con esos lentos movimientos a que obliga la profundidad del mar. Frank Minello tiró de ella hacia arriba, con una mano, empujándola por la compuerta. Brigitte salió fuera del camión-cisterna, con la mano extendida hacia la abertura, esperando la salida de Minello. Lo notó de pronto... Tocó sus cabellos, y tiró de ellos. Dos segundos después, una mano de Minello se crispaba en uno de sus brazos, tirando de ella hacia arriba... Hacia arriba, hacia arriba... Por un instante, la cabeza de Brigitte pareció girar dolorosamente en aquella tenebrosa oscuridad, le pareció que su pecho se hundía, se aplastaba; le zumbaron fuertemente los oídos, se notó débil e indiferente a todo...

* * *

—¿Estás bien?

La pregunta era anhelante, crispada. Encima de ella se veían las estrellas, y notaba un viento frío que parecía atravesar todo su cuerpo.

—Frankie...

—Hemos salido. Casi veinte yardas de profundidad... ¿Sabes

cómo lo hicieron? Mira aquellos grandes tablones... Los ataron, metieron el camión encima y lo llevaron mar adentro. Soltaron los tablones, y el camión se hundió. Pero luego, según parece, borraron las huellas de los neumáticos en la arena. Demasiada molestia para matarnos, ¿no te parece?

—Querían... deshacerse del camión...

—Eso he pensado. ¿De verdad estás bien?

—Creo que sí... ¿Y tú?

—También, también... Brigitte le cogió una mano.

—¡Oh, Frankie, gracias a ti hemos salido de...!

Minello se había estremecido y hecho ademán de retirar la mano, cosa insólita en él cuando se la cogía Brigitte. Esta quedó un instante inmóvil, pensando... De pronto, alzó la mano de Frank Minello, y la vio recortada en la luz de las estrellas y la luna: los dedos pulgar, índice, corazón y anular eran... como huesos mal cubiertos por pingajos de carne destrozada.

—Frankie... ¡Oh, Frankie, lo siento...!

—Ya te dije que el alambre era muy duro. Pero hablemos del camión y de ese sistema de muerte que nos han buscado. ¿No te parece un poco complicado?

—Yo creo... creo que más que nuestra muerte, les interesaba deshacerse del camión. Y al mismo tiempo nos mataban. Pero, sobre todo, querían que ese camión desapareciera.

—¿Por qué?

—Porque es una pista. Yo recuerdo su matrícula. Es posible que logremos saber muy pronto a quién pertenece... ¿Tienes idea de dónde estamos?

—No muy lejos de New Rochelle. —Minello señaló hacia el cercano resplandor—. Cerca de donde dejaste tú el auto, según supongo.

—Quizás esté todavía allí. Si así es, todo será más fácil de soportar... ¿Vamos, querido?

El coche estaba allí. Pero, desde luego, no estaba el portafolios con los tres millones de dólares. Era lo único que se habían llevado, según comprobó Brigitte tras entrar por una de las ventanillas, cuyo cristal rompió Minello con una gruesa piedra.

Brigitte recurrió inmediatamente a la radio de bolsillo.

—¿Tío Charlie?

—¡Brigitte! ¿Dónde está, qué ha ocurrido; qué...?

—Tío Charlie, quiero que Simón averigüe a quién pertenece un camión cuya matrícula voy a facilitarle... ¿Toma usted nota?

—Mmmm... Un momento... Sí, adelante...

Brigitte mencionó la matrícula del camión, informó el lugar donde estaba, y, antes de que Charles Pitzer pudiese hacer más preguntas, cerró el contacto. Sacó cigarrillos del compartimiento del tablier, encendió uno, lo entregó a Minello y encendió otro para sí.

—Estás muy callado, Frankie.

—Es que si hablo..., ¡atchíiiss!..., si hablo..., ¡atchíiissi...!, si hablo...

—¡De acuerdo! —Rio ella—. ¡Si hablas, estornudas! Lo mejor será que estemos calladitos, esperando a tío Charlie.

* * *

—Bueno —gruñó Pitzer—. Parece que la CIA no ha perdido a su espía favorita, pero sí tres millones de dólares.

—Entonces —sonrió secamente Brigitte—, es el momento de preguntarle si hubiese preferido perderme a mí, tío Charlie... Llega un coche, según parece.

—Ese es Simón —dijo Pitzer, tras contemplar los tres destellos de las luces del coche—. Veamos si ha averiguado a quién pertenecía ese camión que ahora está en el fondo del mar.

También Minello fue hacia allí, con sus dedos convenientemente vendados gracias al botiquín de emergencia que Charles Pitzer llevaba en su coche. Simón estaba utilizando uno alquilado, pues aquella noche habían agotado las reservas disponibles para Pitzer y sus más allegados agentes.

—¡Lo tengo! —dijo, apeándose ágilmente—. ¡El camión estaba a nombre de un tipo llamado Jeremy Dowling! Pero hay algo sorprendente: ese Dowling es un fotógrafo, que tiene un estudio en el Bronx, en...

—Eso está cerca de aquí —interrumpió Brigitte—. Llévenos allá, Simón. Ahora y a toda velocidad.

—Bueno, pero...

—Ahora —insistió Brigitte—. Y le apuesto lo que quiera a que, por mucho que corramos, llegaremos tarde.

Efectivamente. Llegaron tarde.

El hombre estaba tendido de bruces en el suelo, en el estudio, entre dos grandes máquinas fotográficas. Le dieron la vuelta, y después de contemplar unos segundos su expresión de aterrado asombro, Brigitte, lentamente, lo registró. Encontró su documentación; era Jeremy Dowling, ciertamente. Tenía tres balazos en el corazón, eso era todo.

El estudio parecía una cueva oscura, un tanto siniestra. Las máquinas parecían extraños seres metálicos. Minello había encendido uno de los focos, orientándolo hacia el cadáver.

—¿Qué hora es? —preguntó Brigitte.

—Las diez y media —suspiró Pitzer—. Y sin novedad. Ahora sí que nos encontramos en un callejón sin salida. Es evidente que este hombre fue quien hizo las fotografías a los Yedorev... Las que le entregó a usted Sam Barnes, para los pasaportes. Pero eso es todo lo que sabemos. El tipo que se hace llamar «Delfín» y cuyo verdadero nombre parece ser Alexander Cosia, nos ha cortado el camino muy eficazmente. Puso el camión a nombre de este desgraciado, lo utilizó para las fotografías de los Yedorev...

—Seguramente, pertenecía a su banda de espías —apuntó Simón.

—Sin duda —aprobó Pitzer—. Y por eso lo han matado; esto es el fin de nuestro camino hacia esa gente. Adiós a los rusos, al rayo «Hidro», los tres millones de dólares... Se acabó.

—Deme un cigarrillo, Simón —musitó Brigitte.

—Oh, sí, con gusto. —Simón se lo dio, lo encendió y echó un vistazo alrededor—. Parece que todo estaba bien preparado. Y no quisieron correr riesgos dejando vivo al fotógrafo, fuese o no de su banda. En definitiva, no creo que podamos recuperar esa pista, señor.

—Es estupendo —dijo Minello—. Bueno, quiero decir que lo era, claro.

—¿A quién se refiere? —Gruñó Pitzer.

—A este fotógrafo... ¿Se da cuenta de las fotografías que consiguió tomar? Son de esas en las que un tipo se juega lindamente el pellejo. Vea esta, por ejemplo: Le Mans... Y esta otra: San Luis...

Dan la sensación de que están corriendo aquí mismo estos bólidos... Vea esta otra del Gran Premio de Montecarlo... Es sensacional.

—Bueno, ¿y qué? —farfulló Charles Pitzer.

—Para usted, pues nada —rezongó Minello—. Pero yo soy jefe de la sección deportiva de un periódico, señor mío, y por fuerza tengo que ver cuándo un trabajo es excepcional. En esta carrera...

—Al demonio —exclamó Pitzer.

Minello encogió los hombros y continuó mirando las fotografías deportivas, tras encender más luces. De pronto, se dio cuenta de que Brigitte estaba detrás de él, se volvió y sonrió simpáticamente.

—Tranquila, Baby —consoló—. No siempre se gana.

—Yo, sí —sonrió Brigitte—. Yo siempre gano, Frankie.

—Pues esta vez te han tomado el pelo.

—Ya es bastante que estemos vivos, ¿no? —Sonrió ella de nuevo.

—Sí. Es bastante. —Frank Minello entornó astutamente los ojos—. ¿Qué estás tramando ahora?

—Es asombroso cómo se obtienen difíciles soluciones por simples sumas, Frankie.

—Que me maten si te entiendo.

—No, no, no... Somos nosotros los que vamos a ir ahora a determinado lugar, a matar a quien convenga. En realidad... Sí, en realidad, la culpa es mía. Debí comprender mucho antes la jugada. Es como cuando le hablan a uno de los platillos volantes, de que los marcianos existen... Incluso aseguran haberlos visto. Pero, querido, nosotros, para creerlo, hemos de verlo, no oírlo. Y yo no he visto ningún platillo volante, eso es seguro. Por tanto, no existen.

—Mi madre —musitó Minello—. Se ha trastornado...

—Los platillos volantes no existen, Frankie. ¿Y sabes por qué?

—No...

—Porque yo no los he visto realmente. Hay trucos para todas las cosas. Incluso para conseguir fotográficamente las imágenes de unos platillos volantes que no existen. Pero, claro, siempre hay un truco... Y es sencillo.

Simón la había estado escuchando muy atentamente. Cuando Brigitte dejó de hablar y quedó pensativa, el espía musitó, entornando astutamente los ojos:

—¿Vamos al coche, Baby?

—Exactamente, Simón. Usted sí es un buen espía... En cambio, mi buen Frankie no lo será nunca, porque no sabe ni siquiera sumar... En marcha.

Capítulo X

—Sígala, Simón. Con todo...

—Con todo cuidado —sonrió Simón—. Eso está hecho, Baby.

Charles Pitzer se había sumido en un hosco silencio, porque, al fin, se había dado cuenta de las intenciones y teorías de la incomparable Brigitte. Pero Frank Minello no pudo evitar una exclamación de asombro.

—¡Ese tipo es Sam Barnes, el detective...!

—Ssst... —sonrió Brigitte.

—Pero es que no comprendo...

—Es sencillo, Frankie. Sam Barnes es otro miembro de la banda de «Delfín». Lo he comprendido en el estudio fotográfico, cuando tú me has hecho reparar en aquellas fotografías deportivas. Podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que Jeremy Dowling es quien obtuvo las fotografías de los Yedorev para los pasaportes. Pero, además, tiene otras bonitas fotografías. Algunas, deportivas. Pues bien: yo vi una de esas fotografías, trucada hasta parecer un cuadro al óleo, en el apartamento de Sam Barnes. La de Indianápolis, concretamente. Era la misma, idéntica. ¿No te dice nada eso?

—Zambomba —musitó Minello.

—El asunto está claro. Tanto Jeremy Dowling como Sam Barnes están trabajando para esos espías particulares que sacan tajada de todo lo que pueden. No es cierto que Barnes no sepa nada del asunto. Lo sabe todo. Imagino que no hace mucho fue a matar a Jeremy Dowling. Ahora, ha vuelto a su apartamento, se ha cambiado de ropa, ha dejado los guantes que ha utilizado para no dejar huellas de ninguna clase... Se ha cambiado totalmente. Y, precisamente a medianoche, debe de tener una cita importante: va a cobrar su trabajo.

—¿Crees que va a ver a ese «Delfín», el tal Alexander Cosia?

—Así la espero. Y también espero que Simón no lo pierda de

vista.

—Que me fulmine un rayo si eso ocurre, Baby —gruñó Simón—. Y como a nadie le gusta que lo parta un rayo, pues no lo perderé de vista ni un instante. Parece que va muy confiado...

—Naturalmente. Ha muerto Jeremy Dowling, cree que Minello y yo también estamos muertos... ¿Por qué no estar tranquilo? No se acerque demasiado, Simón.

—Deje la persecución de mi cuenta. No fallaré.

* * *

El coche que conducía Sam Barnes se detuvo, finalmente, cerca de los muelles comprendidos entre los puentes de Brooklyn y Manhattan. El detective se apeó, tras asegurarse de que dejaba el auto bien estacionado, y se dirigió hacia los muelles. Abordó sin vacilaciones un yate amarrado en uno de ellos, y musitó unas palabras cuando un marino se le acercó. El marino asintió con la cabeza, y señaló hacia las compuertas que llevaban a los camarotes. Sam Barnes desapareció por allí, y el marino se quedó mirándolo irónicamente, casi riendo. Siempre hay tontos que no saben ver la verdad de las cosas...

—Hey —llamó la atención a la muchacha que abordaba el yate —... No puede entrar en este yate, nena. Es...

Plop.

* * *

—¿Estás seguro de que lo mataste? —preguntó el hombre.

—Segurísimo, Alex. Le metí las tres balas en el corazón. Fue muy fácil. Lo que ya no fue tan fácil fue vigilar la casa adonde tenía que acudir la señorita Montfort. Ella y su acompañante son de cuidado, pero...

—Eran —corrigió «Delfín».

Sam Barnes se lo quedó mirando, sonriendo. Era un hombre alto, apuesto, de unos cuarenta años, muy elegante, mirada inteligente aunque un tanto fría. Vestía impecablemente de esmoquin, estaba fumando ya por la mitad un aromático habano, y junto a él se veía

una copa de champaña...

Sentados cerca de él había tres hombres más, sonrientes. Y, en sendos sillones, Konstantin y Raissa Yedorev, mirando de uno a otro. Sobre la mesita de metal y plástico se veía el portafolios que contenía tres millones de dólares, y el que contenía los quinientos mil. Además, estaban los pasaportes de los rusos, y el rayo «Hidro», el aparato desalinizador que había dado origen a todo aquel asunto.

—Eran —sonrió Barnes—. Es cierto. La verdad es que aquella chica me engañó. Me creí fácilmente que era... una inocente paloma. Y tendríais que haberla visto con qué facilidad e indiferencia mató a Lorne. No me atreví a acercarme a la casa hasta que se fueron, pero todavía pude oír algo de lo que hablaban. Por eso —se volvió hacia los tres hombres sonrientes— os avisé a vosotros, para que los esperaseis...

—No fue difícil. Iban demasiado seguros de ellos mismos.

—Bien —sonrió «Delfín». Parece que ha llegado el momento de hacer las partes, antes de que nos marchemos de Nueva York. Te has portado muy bien, Sam. Lástima que esta vez los planes exigían que te dices a conocer por algunas personas.

—Pero están muertas —sonrió Barnes; y señaló a los rusos—. En cuanto a ellos, no hablarán.

—No todas están muertas, Sam. No olvides que la CIA se interesó por ti. Estoy seguro de que volverán a la carga, cuando esperen en vano a su agente y a la señorita Montfort. Eres su único punto de partida.

—Bah... Ellos nunca sabrán nada por mí, Alexander. Hace tiempo que trabajo para ti, y sabes que sé hacer las cosas.

—También Jeremy Dowling sabía hacerlas, y tuviste que matarlo, por... por si acaso.

—Sí, pero mi caso no es...

Palideció de pronto y se quedó mirando con expresión aterrada a Alexander Cosia, alias «Delfín», que había sacado una pistola y le apuntaba «amablemente», muy atractivo con su cigarro habano entre los dientes, que se veían en una media sonrisa.

—Sigue, Sam. ¿Tú caso no es igual, ibas a decir?

—Alex... Alex, espera... Yo... Sí, iba a decir eso... Mi caso no es igual...

—Es idéntico. Escucha, Sam: yo tengo agentes en todo el mundo.

Voy trabajando en distintos continentes, empleando a mis hombres residentes en... Hong Kong, por ejemplo, o en París, Delhi, Los Ángeles, La Habana, Buenos Aires... Los que quedan sin identificar, siguen viviendo. Los que, por exigencias del asunto se ven obligados a tratar con extraños, esos mueren. No me gusta dejar ninguna pista detrás de mí, Sam. Es la norma. Los únicos que vamos en el yate somos los que aquí ves. Los demás, viven o... mueren, según el papel que les corresponda en el asunto a negociar. A ti te ha tocado morir.

—Alex... Por Dios... Hemos sido siempre buenos amigos, te he obedecido siempre... ¡He trabajado a tu satisfacción en todo momento, somos amigos...!

—Es cierto, Sam. Y créeme que lamento matarte.

—¡Pero no puedes...! Plof... Plof... Plof...

Sam Barnes se llevó las manos al pecho. Bien cierto es que quien a hierro mata, a hierro muere. O quien a plomo mata, a plomo muere. Él había matado a Jeremy Dowling de tres balazos en el corazón. Ahora, Alexander Cosia lo mataba a él de la misma forma.

Cayó de bruces, muy abiertos los ojos. Cosia se los cerró con un pie, tras volverlo cara al techo. No lo trató con ninguna delicadeza. Ni con odio, o furia, o rencor... Simplemente, había que matarlo, y se había hecho.

—Lo tiraremos al mar en cuanto salgamos a la bahía. O quizás al río apenas ponernos en marcha... Depende de la vecindad que tengamos en esos momentos.

—¿Cuándo repartiremos el dinero?

—Cuando estemos en alta mar, y Greg pueda fijar la ruta y bajar con nosotros. De momento, iremos hacia Sudáfrica, pero desviaremos oportunamente la ruta hacia el Mediterráneo. Y desde un punto de allá, estudiaremos el sistema para venderles el «Hidro» a los rusos... Esto hay que celebrarlo. Ponte, mira a ver si tenemos más champaña en fresco. Y asegúrate de que tendremos durante toda la travesía.

—¿Qué marca prefiere, señor «Delfín»? —dijo una voz, en la puerta, al final de la escalerilla de madera.

Todos se volvieron vivamente hacia allí, pero solamente Ponte tuvo una malísima idea. Una pésima idea: tiró de su pistola, quiso disparar... Y la agente Baby, sin apenas moverse, casi sin mirarlo,

disparó, displicentemente. Ponte recibió la bala en el centro de la frente, y saltó trágicamente hacia atrás, cayendo sobre Raissa Yedorev, que lanzó un mal contenido grito, mientras Konstantin Yedorev parecía súbitamente petrificado.

—Ya van dos... —sonrió gélidamente la espía—. Aún quedan siete balas en esta pistola... ¿Algún voluntario?

Nadie se movió. Raissa Yedorev había tirado al suelo a Ponte, y miraba fijamente a la espía. Tanto ella como su marido parecían incapaces de moverse, a pesar de no estar ya atados.

—¿Qué marca prefiere? —insistió Brigitte—. Espero que tenga buen gusto, señor Alexander Cosia. Aunque supongo que no es ese su verdadero nombre... ¡Cualquiera sabe cuál es...! De todos modos, está condenado al fracaso... ¿Cómo se le ocurre marcharse sabiendo que tenemos a tres de sus hombres, y que tarde o temprano hablarán?

—¿Qué dice? —musitó «Delfín».

—Me refiero a Borman, Warren y Andrew. Lorne tuvo... digamos mala suerte.

—¿Están vivos Warren, Andrew y Borman?

—Por supuesto.

Alexander Cosia miró venenosamente el cadáver de Sam Barnes.

—Él me dijo que habían muerto todos...

—Oh, sí... De este modo, usted terminaba la operación, repartía el dinero y se iba. Y mientras la CIA quizá se molestase en perseguirlo a usted tras hacer hablar a Borman, Andrew y Warren, Sam Barnes, que veía las cosas difíciles esta vez, escapaba con su parte... También ha tenido mala suerte. En cambio, yo he tenido muy buena suerte. ¿De quién fue la brillante idea de meterme en el camión y tirarme al mar?

—Lo sorprendente —sonrió con cinismo «Delfín»— es que consiguiese salir de allí... ¿Cómo pudo hacerlo?

—Volando, como los angelitos. Mire, Cosia, yo admiro las cosas bien hechas. Pero aquello fue una chapuza. En cambio, el resto del plan fue... soberbio. Su único fallo fue preparar el tinglado en la ciudad de Nueva York, donde estaba yo. Lamentable.

—Hay que saber perder.

—Sí —sonrió Brigitte—. Usted es un deportista, Cosia. ¿Cómo están mis amigos, los simpáticos Yedorev? —Los miró

amablemente.

—Bien —musitó Konstantin Yedorev—. Estamos bien, señorita Montfort. No... no nos han maltratado...

—¡Cuánto lo celebro! Oh, pero estamos perdiendo el tiempo, aquí, con estos hombres... Será mejor echarlos del yate, para que podamos conversar tranquilamente. Tiren sus armas a un rincón y salgan a cubierta, Cosia. Por favor —movió la pistola, sonriendo—: sin bromas. A veces soy demasiado nerviosa.

—¿No ha venido sola? —musitó Alexander Cosia.

—Por supuesto que no. Los están esperando arriba. Salgan... sin armas, permítanme insistir en ello. Así... Despacio... Eso es: a un rincón. No se acerquen a mí... Hacia la escalerilla... Perfecto, Cosia, perfecto. Suban, si son tan amables.

Cosia y sus dos acompañantes subieron la escalerilla, sombríos los rostros. Brigitte suspiró y dejó la pistola sobre la mesita. Abrió los portafolios, se aseguró de que allí estaba el dinero, y aprobó alegremente con la cabeza.

—Tío Charlie se pondrá contento. Sabe sumar estupendamente estos bonitos billetes. En cambio, yo sé sumar otras cosas... ¿Usted sabe lo que son sumas heterogéneas, señor Yedorev?

—Señorita Montfort, estamos... muy cansados, deprimidos... Quisiéramos salir de aquí y...

—Hay tiempo. Hay tiempo, señor Yedorev. Déjeme que le explique esto de las sumas... Verá. Para sumar, los objetos que se suman deben ser homogéneos. Esto es, que todos deben pertenecer a la misma especie: dólares con dólares, naranjas con naranjas, barcos con barcos, leones con leones..., etcétera. Así, la suma es siempre posible. Por ejemplo: dos leones y dos leones, son cuatro leones. En cambio, dos leones y cuatro patatas, pues... no se pueden sumar. ¿Serían cuatro patatas? ¿Serían cuatro leones? Nada, nada... Imposible sumar eso... Es lo que se llama sumas heterogéneas, es decir, aquellas que están compuestas de sumandos de distintas especies. Generalmente, no se obtiene resultado alguno de esa clase de sumas. No es posible, claro. Sin embargo —sonrió como una niña recitando la lección que mejor se ha estudiado—... Sin embargo, los espías somos capaces de sumarlo todo. Lo más heterogéneo somos capaces de sumarlo, como si fuese... un cóctel. Y fíjese qué asombroso: ¡incluso obtenemos resultados!

—No... no entiendo lo que está diciendo...

—¿No? Pues le pondré un ejemplo. Un ejemplo de una suma heterogénea que hace falta ser espía para obtener de ella un resultado... satisfactorio. Veamos este ejemplo. Sumemos un bisturí menor, un detective privado norteamericano que se mete en un lío de espionaje, un simpático y asustado matrimonio ruso, un camión-cisterna, una piscina llena de agua salada... y un rayo llamado «Hidro» que convierte en dulce esa agua salada... ¿Resultado, señor Yedorev?

—No... No sé... No comprendo...

—¿Realmente no? Entonces, la espía dirá el resultado. El bisturí fue utilizado por algún cirujano para... retocar los rostros de dos personas, una de las cuales se dejó barba, posiblemente para parecerse a otra que está lejos de Estados Unidos. Un bisturí que estaba en su mesita de noche, señora Yedorev. El detective privado que no avisó a las autoridades de aquel asunto porque estaba metido en él hasta el cuello; el matrimonio es ruso, ciertamente, pero no se llama Yedorev, sino... sino de cualquier otra forma, y forman parte del grupo de Alexander Cosia, o sea, espías particulares. El rayo llamado «Hidro» es un fraude absoluto, pero, después de utilizarlo con el agua salada de la piscina, resulta que esta es dulce... Aquí entra el camión-cisterna, del siguiente modo: se lanza una ampolla de gas que deja sin sentido a los que están cerca. Entonces, se vacía la piscina, y, con una larga manguera muy gruesa se llena con agua dulce que contiene el camión-cisterna. Luego, los simpáticos Yedorev son raptados, y a cambio de ellos y del rayo «Hidro» los espías particulares piden tres millones de dólares. Y como la tonta señorita Montfort ha probado el agua que era salada, y comprueba que se ha convertido en dulce, acepta, sin sospechar, de momento, que mientras yacía dormida, el agua había sido cambiada. Mientras tanto, los «pobrecitos» Yedorev están ricamente con sus amigos, esperando la entrega de los tres millones. Surgen contratiempos... Hay que tender una trampa a la tontísima señorita Montfort. Entonces, los «pobrecitos» Yedorev aparecen atados en el fondo del camión-cisterna. La señorita Montfort entra a salvarlos, y... más gas. Cuando despierta, está en el camión-cisterna, en el fondo del mar, con su buen amigo Frankie. Y mientras tanto se supone eso, los «pobrecitos» Yedorev se disponen

a repartirse tres millones y medio, en alegre camaradería con Alexander Cosia y otros esbirros. Formidable. De veras, Yedorev: formidable. Admito que el plan es formidable, sin discusión. Todo explicado y admirado... Ahora, dígame, por favor: ¿dónde están los verdaderos Yedorev?

—Muertos.

—Ah... ¿Por qué?

—Nosotros los sacamos de Rusia, y luego ellos se negaron a colaborar en el plan. Hubo que matarlos y suplantarlos.

—Y lo han hecho muy bien, ciertamente. En fin, creo que esto es todo...

Se oyeron gritos en cubierta, de pronto, y pisadas rápidas, los ahogados estampidos de algunos disparos con silenciador... Instintivamente, Brigitte volvió un instante la cabeza hacia allí... Y cuando la volvía precipitadamente, Raissa Yedorev estaba ya en el aire, en un feroz salto, tendidas las uñas hacia sus ojos... Brigitte le golpeó con la pistola en la boca, reventándole los labios y partiéndole algunos dientes. La mujer cayó al suelo de rodillas, chillando agudamente, como una foca.

Konstantin Yedorev había saltado hacia el rincón donde Alexander Cosia y los demás habían tirado sus armas, y había conseguido empuñar una de ellas. Se estaba volviendo, brillantes los ojos ante la posibilidad del triunfo, cuando oyó el apagado «plop» y notó el golpecito en el pecho. Quedó de rodillas, intentando alzar la pistola, pero pesaba una barbaridad, pesaba cada vez más... Unió la mano izquierda a la derecha, y consiguió alzar el arma, apuntarla hacia Brigitte... A través del rojo velo que ya cubría sus ojos, vio las dos manchas azules, frías como témpanos, fijas en él...

Plop.

Konstantin Yedorev recibió otro balazo, ahora de lleno en el corazón, y... y eso fue todo.

Pero no por parte de Raissa Yedorev, que había cogido la botella de champaña de sobre la mesita, la había roto golpeándola, contra el borde, y se lanzaba de nuevo contra Brigitte, chorreando sangre por la reventada boca, desorbitados de odio los ojos, tendida hacia delante la botella rota, directa a la garganta de la espía internacional...

Plop.

Raissa Yedorev también notó el golpecito, en el seno izquierdo. Apenas nada. Y, sin embargo, perdió las fuerzas, cayó de rodillas, la botella se escapó de su mano... Se miró el seno izquierdo, y pareció sorprenderse al ver la mancha roja sobre el blanco jersey de cuello alto... Alzó la vista, para mirar, estupefacta, a la dulce jovencita de ojos azules.

Ella vio en pie ante ella, impávida, mirándola con absoluta indiferencia. Igual que se mira a los ratones muertos en la ratonera; esos ratones que se comen los libros, el trigo y el queso. Tuvo de pronto la impresión de que aquella mujer, desde el principio, había decidido matarlos a los dos, igual que... Sí, igual que a animales dañinos...

Esa fue su última impresión, antes de caer de bruces, muerta. Brigitte se volvió hacia la escalerilla, como si allí no hubiese ocurrido nada.

—¡Tío Charlie! —llamó.

—Puede subir, Brigitte.

Subió a cubierta, tranquila. Charles Pitzer estaba reuniendo los cadáveres de Alexander Cosia y sus hombres en un lado, como quien maneja sacos de maíz, o algo parecido.

Ella miró, y dijo, solamente:

—Lo intentaron, desde luego. Tuvimos que dispararles.

Brigitte asintió con la cabeza y se acercó a la borda, donde Simón estaba tirando con todas sus fuerzas de una cuerda. Al extremo de esta, un salvavidas. Y aferrado al salvavidas, Frank Minello, completamente empapado, lanzando sonorísimos reniegos.

—¿Cómo ha ido por ahí abajo? —jadeó Simón.

—Igual que por aquí arriba —sonrió Brigitte—. ¿Estás bien, Frankie?

—¡Atchíiissss...!

Este es el final

—¿Cómo va eso? —Sonrió Brigitte.

Frank Minello la miró torvamente, metido en su cama y tapado hasta los ojos, que se veían llorosos, algo hinchados, enfebrecidos. Iba a decir algo, pero optó por encoger los hombros.

—Hacía tiempo que no estaba en tu apartamento. —Brigitte se sentó en el borde de la cama—. Lo tienes muy descuidado, Frankie. Deberías casarte.

—¿Contigo? —chilló Minello.

—Mereces algo mejor... Ah, el jefe te envía saludos.

—¿El ogro?

—Sí —rio Brigitte—. ¿Para cuántos días crees que tienes?

—No sé... Estoy... ¡atchíss!... hecho un asco, hija... ¿Has venido a consolarme?

—He venido a traerte un regalo, y a ver cómo estabas de tu resfriado. Los hombres no valéis gran cosa, Frankie. Yo pasé, más o menos, tus mismas peripecias, y aquí me tienes, tan campante...

—¿Me das un beso?

—No.

—Uno... Solo un besito...

—Que no. Otro día. ¿Pretendes contagiarme el resfriado? Tendría que guardar cama, como tú...

—¿Has dicho conmigo? —exclamó Minello.

—He dicho como tú.

—Uno pequeñito... Solo juntar la boquita...

—No. Cuando estés bien, te daré media docena y nos beberemos una copa de champaña... con guinda, naturalmente. Pero ahora tengo algo de prisa. Miky Grogan opina que, puesto que estás así por mi culpa, debo hacer tu trabajo y el mío. Veremos cómo salgo de esta... Oh, tu regalo.

—¿Qué es?

Brigitte desenvolvió el paquete, y Frank Minello se quedó mirando, atónito, el aparato.

—Zambomba... ¡El rayo «Hidro»! ¿Es para mí?

—Obsequio de tu compañera de misión.

—¿Podré... desalinizar el agua del mar?

—Pues no —sonrió la divina espía internacional—. Pero va estupendamente para hacer tostadas. Algo es algo...

FIN